



VÍNCULOS

Sexto concurso Cuenta Cuentos





Sexto concurso
CUENTACUENTOS



Sexto concurso Cuentacuentos
Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Ingeniería
2018, 138 págs.

SEXTO CONCURSO CUENTACUENTOS

Primera edición, 2018

D.R. © 2018, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Avenida Universidad 3000, Col. Universidad Nacional Autónoma
de México, Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
C.P. 04510, México, D.F.

FACULTAD DE INGENIERÍA
<http://www.ingenieria.unam.mx/>

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial
por cualquier medio sin la autorización escrita del titular
de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

UNIDAD DE APOYO EDITORIAL
Cuidado de la edición: Patricia García y Alicia Medina.
Formación editorial e ilustraciones: Nismet Díaz.

CONTENIDO

Presentación	1
Prólogo	5
Alumnos	
<i>Ocho punto uno</i>	11
<i>El vuelo del color</i>	15
<i>El querubín de piedra</i>	23
<i>La higuera de Mixcoac</i>	29
<i>El principio del fin</i>	37
<i>Es muy bonito el amor, pero...</i>	43
<i>Confundieron un punto final</i>	
<i>con un punto y aparte</i>	49
<i>La metamorfosis de la muerte</i>	57
<i>Baile de máscaras</i>	63
<i>El ladrón</i>	69
<i>La visita</i>	73
<i>El retrato</i>	79
<i>México snuff</i>	85
<i>Tinta</i>	91
<i>El sueño de la hojita</i>	99
Profesores	
<i>Te deseo</i>	105
<i>Amuleto</i>	113
<i>El hallazgo</i>	121
<i>Mujeres ingenieras civiles en México</i>	127
<i>Participantes del concurso</i>	133

PRESENTACIÓN

Pablo García y Colomé

Profesor de Carrera, Facultad de Ingeniería, UNAM

María Cuairán Ruidíaz, Margarita Puebla Cadena, Gonzalo López de Haro y un servidor ya cumplimos seis años en este hermoso y difícil cometido de constituir el jurado del concurso Cuentacuentos. Hermoso porque hay pocos placeres tan gratos como leer, sobre todo si se trata de textos cavilados y expuestos al escrutinio de nuestra opinión, realizados por estudiantes y profesores de esta tan querida Facultad de Ingeniería de nuestra preciada UNAM. Difícil porque, a pesar de contar con experiencia en este menester, siempre, invariablemente, hace su aparición la subjetividad con sus modos de pensar y sentir, con sus climas y sus circunstancias. Tanto trabajar juntos nos ha hecho bien, conocernos y apreciarnos más, entendernos y adivinarnos, en una atmósfera de discusión y cordialidad y en un esforzado, afectuoso y libre empeño por acercarnos a la verdad.

En esta ocasión, como en otras, hemos constatado desde los válidos denuedos y osadías por iniciarse en el oficio de escribir, hasta las ya experimentadas y bellas interacciones entre las palabras con la finalidad de crear. Este tipo de encomiendas traen a la mente lo perfectas, primorosas y exquisitas que son las palabras. Pablo Neruda les dedica estas líneas: «Todo lo que usted quiera, sí señor, pero son las palabras las que cantan, las que suben y bajan... Me prosterno ante ellas... Las amo, las adhiero, las persigo, las muerdo, las derrito... Amo tanto las palabras... Las inesperadas... Las que glotonamente se esperan, se acechan, hasta que de pronto caen... Vocablos amados... Brillan como piedras de colores, saltan como platinados peces, son espuma, hilo, metal, rocío... Persigo algunas palabras... Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema... Las agarro al vuelo, cuando van zumbando, y las atrapo, las limpio, las pelo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes, ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas... Y entonces las revuelvo, las agito, me las bebo, me las zampo, las trituro, las emperejilo, las liberto... Las dejo como estalactitas en mi poema, como pedacitos de madera bruñida, como carbón, como restos de naufragio, regalos de la ola... Todo está en la palabra... Una idea entera se cambia porque una palabra se trasladó de sitio, o porque otra se sentó como una reinita adentro de una frase que no la esperaba y que le obedeció... Tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos, tiene de todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto trasmigrar de patria, de tanto ser raíces... Son antiquísimas y recientísimas... Viven en el féretro escondido y en la flor apenas comenzada... Qué buen idioma el mío, qué buena

lengua heredamos de los conquistadores torvos... Éstos andaban a zancadas por las tremendas cordilleras, por las Américas encrespadas, buscando patatas, butifarras, frijolitos, tabaco negro, oro, maíz, huevos fritos, con aquel apetito voraz que nunca más se ha visto en el mundo... Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus, idolatrías iguales a las que ellos traían en sus grandes bolsas... Por donde pasaban quedaba arrasada la tierra... Pero a los bárbaros se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo... Salimos ganando... Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo... Nos dejaron las palabras».

A manera de homenaje a todos los participantes, presento un atrevido amasijo, una osada amalgama de diminutos fragmentos de algunos de los cuentos finalistas, sin un orden, sin una temática, a la aventura. No podía dejar de hacerlo, son fragmentos que se quedan rondando el corazón.

Las mujeres cuyo cabello está atardeciendo todo el tiempo,..., el destino me puso aquí por algún motivo,..., goza de la satisfacción inefable de ir dando vida,..., como si todas las cosas se alegraran con su presencia,..., parecieran tatuar la noche de fuego y leer los pensamientos,..., aquí nos conocemos hasta que nos contamos,..., él era el hacedor de sus sueños y destinos,..., estrellas capturadas mediante un macabro sortilegio,..., ha sido un día complicado,..., como si aquella muerte lo hubiera seguido,..., una hoja escapa al mundo,..., sombras largas y finas que fluían como humo de sus ojos,..., me emocionó el hecho de intimar con él en un mundo

virtual,..., de la amarilla florecilla que decoraba el borde de la taza entre sus manos,..., el disco se había rayado,..., más allá estaba la moneda que tuvo que caerme esa calurosa mañana,...jugar a los muertos es otro boleto.

Finalmente, a los participantes en este concurso, a todos los que escriben, les regalo este proverbio tibetano, que ojalá los inspire al escribir y que reza: «La palabra debe ser vestida como una diosa y elevarse como un pájaro.»

Recuerden, escritores novicios y escritores formados, que las palabras con las que dibujan cuentos, son sucesiones de letras furtivas que, en un momento dado, por un extraño y misterioso convenio y como un homenaje a los seres humanos, a sus hechos, a sus circunstancias, a sus vidas, a sus muertes, emanan de sus espíritus recónditos para detonar, de preferencia, como dulces estruendos de amor.

PRÓLOGO

Mtra. Ana G. García y Colomé

Gracias a ustedes escritores, estudiantes de ingeniería, hemos tenido aventuras como la de lograr entrar al metro una mañana para llegar a la Universidad, con el reproductor de música como único acompañante que ejerce buena influencia. De la aventura nunca vivida por timidez cuando se piensa lo que hubiera podido pasar si él fuera más intrépido; en su lugar piensa que ella nunca sabrá que estuvo sentada a unos metros de la persona que más la habría amado en su vida.

Nada más romántico que la visita de una mujer que obsesiona a un enamorado, provocando que este le dé en su café la figura de un corazón y que ella con su olfato apreciara tanto el aroma que pidió uno más; y sí nos sorprendió, porque como dicen algunos autores, la sorpresa debe ser característica de un cuento, cuando supimos que esa mujer era invidente, y que se retiró del café preguntándose por qué ahora sabía más rico que nunca.

Preguntamos por qué es recurrente el amor en nuestros cuentos, como cuando él le dice a ella ¿quieres ser mi novia? y ella le responde: «eres un niño muy bueno y simpático Miguelito, pero soy muy mayor para ti, y tú eres muy pequeño como para tener novia»; a lo que él responde: «pero ya soy grande, casi me salen barba y bigote».

Cómo no recordar cuando con Paco Ignacio Taibo nos hizo cabalgar en los cerros al lado de Doroteo Arango y luego volver a regresar y saber que el lugar real es la Facultad.

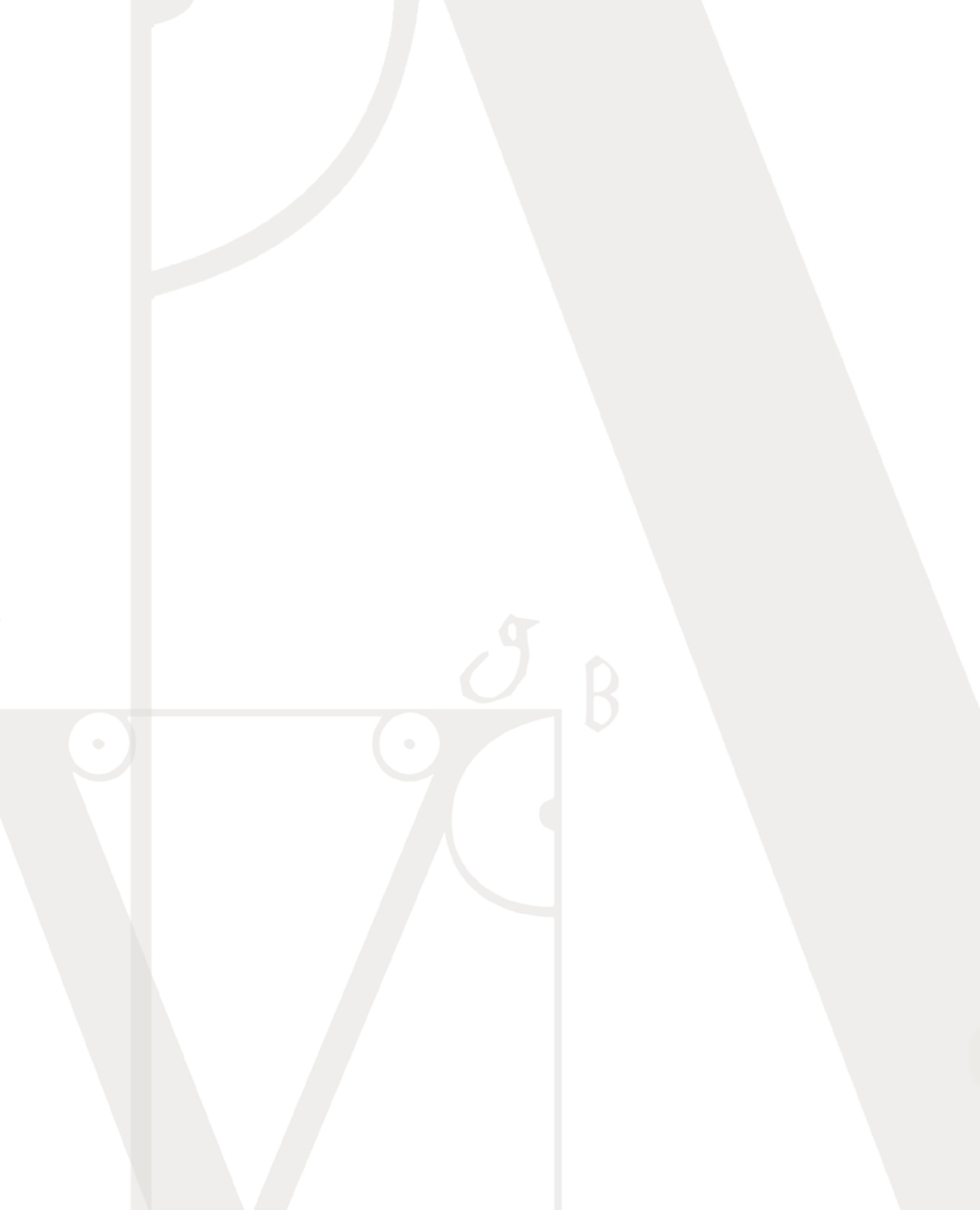
Viajes necesarios en estos tiempos desolados cuando nos sentamos frente del mar, el cual un niño de ciudad ve como la alberca más grande, en donde el viento no deja que el cabello se quede quieto, fue así como pudimos oler a mar. Sin embargo la tristeza también es necesaria y cuando sale de un cuento no nos permite ahogarnos en el mar del llanto, nada más nos ayuda a sacar algunas lágrimas que habían quedado de cuando vivimos una mala experiencia, y de inmediato como un mecanismo de defensa entender que si en el cuento se hizo justicia y por ella había que morir, entonces también reconocer que el autor hizo bien en llamarlo Caída libre.

De pronto nuevamente la risa cuando una estudiante relata que busca en una lista una calificación, un libro en la biblioteca, tiene que hacer la serie de integral, la de álgebra lineal, preparar el examen de estática, el plan de negocios de costos y el examen de economía y para colmo la siguiente semana, para agrandar su estrés, recuerda que tiene que leer Los pasos de López.

Bueno pienso que nos reímos de nervios o porque recordamos nuestros días de estudiantes, que si bien ya pasaron, pues no tenemos que esperar una calificación, ahora como académicos sí

recordamos todos los compromisos que hicimos para este semestre y que no acabarán nunca, porque nunca dejamos de estudiar y seguir siendo productivos. Todo para formar seres humanos integrales, reales, esenciales, creativos, completos y un largo etcétera.

ALUMNOS



PRIMER LUGAR

OCHO PUNTO UNO

Mario Axel Flores Santillán

«El León»

Es temprano, las 6:00:13 de la mañana de un jueves cualquiera, la ducha está medio tibia, el bóiler se averió de nuevo, el desayuno es de lo más simple posible —una torta de huevo y un café—, salgo de casa con el tiempo justo, trato de apresurarme pero nunca logro salir a tiempo, camino a prisa entre las calles para llegar a la estación Niños Héroe, compro el periódico de hoy Jueves 19 de septiembre para no aburrirme en el trabajo. Es la rutina de todos los días, ya son las 6:40 am y entro a las 7:00, creo que llegaré tarde de nuevo. Bajo en Balderas, cruzo la calle y llego a mi destino, trabajo en Televisión, soy parte del ¡heroico cuerpo de...! guardias de seguridad, sé que no es la gran cosa, pero me da para vivir, de pequeño nunca pensé que pasaría mis días pidiendo una identificación para permitirle el paso a alguien al edificio, supongo que así es la vida y el destino me puso aquí por algún motivo.

Ya son las 7:05 am y apenas estoy checando, me descontarán medio día, detesto esto, no sé cómo terminé aquí. Voy a mi puesto habitual y la rutina comienza, gente entra y sale a cada rato, miro mi reloj constantemente como si eso hiciera que marchara más rápido, apenas las 7:10 am, esto será más tedioso que de costumbre. De vez en cuando debo de sacar a empujones a las personas cuando se ponen pesadas y quieren entrar por la fuerza, espero que pase algo así, no quiero estar sentado todo el día, observo de nuevo mi reloj, 07:19 am. De pronto mi silla se estremece, por un instante pensé que se había roto, pero el movimiento seguía, eran como pequeñas patadas que crecían constantemente. Estaba desconcertado sobre lo que sucedía, miré a mi alrededor y las cosas comenzaban a moverse de manera muy violenta, las plantas se agitaban, las lámparas de techo se balanceaban como si alguien se columpiara de ellas. A lo lejos escucho gritos de desesperación, me levanto de mi silla e intento caminar, la sensación es extraña, algo no anda bien, mis movimientos son torpes y necesito apoyarme de una pared. A gatas salgo del edificio y afuera encuentro un caos, los edificios monumentales se agitan como una gelatina, la gente comienza a correr sin rumbo fijo como si escapan de algo. Segundos después escucho un estruendo desgarrador, seco, profundo y grave, dirijo mi vista en dirección del sonido solo para encontrar toneladas de concreto que vienen cuesta abajo como en cámara lenta, después una nube densa de polvo comienza a esparcirse como si fuera lluvia y en poco tiempo la visibilidad es nula. Se escuchan vidrios rompiéndose, los semáforos tambaleaban, veo gente herida llena de una mezcla de polvo y sangre que origina una masa grisácea sobre su cuerpo, todo era de ese color, rojo con gris, observo

mis manos y también presentan esta característica, toco mi cabeza y en efecto es de ahí donde proviene. Observo mi reloj y son las 7:21 am, pasaron solo 2 minutos pero para mí fueron horas, las cosas se calman un poco, el suelo se detiene pero el caos sigue latente, gritos de auxilio, llanto por todas partes, todos esperábamos escuchar a los bomberos o la policía, pero no había respuesta alguna. La electricidad desapareció, como puedo trato de ayudar a las personas retirando escombros, hay mucha gente herida y muchos muertos, por la calle se aprecian los cadáveres, tienen una mirada vacía llena de incertidumbre ante su muerte. La ayuda llega después de horas, miro mi reloj, 5:00 pm, me siento en una banqueta y observo cómo alrededor hay edificios caídos, autos aplastados, desesperación, catástrofe.

Debo regresar a casa, es tarde y las cosas se encuentran muy mal, la cabeza me duele un poco, la sangre paró, creo que tengo un vidrio y necesitaré un par de puntadas. Camino de regreso a casa, no hay transporte, no hay nada. El camino de regreso a casa fue un infierno, la devastación es incalculable, miro mi reloj, 8:07 pm, el sol se está ocultando, entre penumbras llego a donde se supone vivo.

No hay nada.

SEGUNDO LUGAR

EL VUELO DEL COLOR

Arturo Andrés Montealegre

«Marcel Wordsworth»

Estoy parado bajo un cielo en que luces morenas irrumpen en la lejanía azul de los volcanes, miro cómo estallan sobre la nieve adormecida, hasta parecen luciérnagas chapoteando en el agua, a veces vibran y arrasan con la abultada blancura de la nieve, entonces sé que está anocheciendo y más vale que me vaya corriendo a mi casa, si no quiero que me agarre la noche y me pierda. A mí me gusta ver cómo se les va secando la luz a las cosas cuando anochece: apenas se liberan del peso de la luz y resplandecen con el filo de las sombras, pero nadie me cree cuando se los digo; dicen que nomás invento puras cosas y es mi imaginación, que a los niños nos da por inventar y echar puro cuento en vez de ir a recoger los duraznos y los higos de los campos.

Yo le ayudo a mi familia a recoger toda la fruta de los árboles; manzanas, peras, duraznos, todo lo que brota y se puede comer,

aunque también les llevo los claveles y las hojas de buganvilia que me encargan las vecinas, en especial a la señora de la calle Galeana, ella es muy buena conmigo, siempre me escucha cuando le hablo de todos los colores que cuento cuando el sol empieza a meterse, ella dice que también los ve, que son como racimos maduros que cuelgan en unas ramas muy altas del cielo y que nomás unos pocos las podemos ver. A la señora de la calle Galeana le gustan mucho los higos, pero no cualquier higo, ella dice que tienen que ser de los que crecen cerca de la fuente a la entrada del pueblo, que esos son más grandes y dulces, que tienen colores muy bonitos, dice que son como una flor dentro de una fruta. A mí también me gustan mucho esos higos, y siempre que puedo guardo unos para la noche, porque así sueño mejor, sueño con más colores de los que me sé, y es que esos higos también son como carboncitos que encienden la imaginación.

Me gusta mucho cómo la luz de octubre se posa sobre los árboles, sobre los tejados y cómo brillan las ollas de barro cuando hacen el café de la mañana, es un fulgor ceniciento como de ceniza de volcán. También esa luz me hace saber que ya casi es día de muertos, en noviembre la luz se dilata como si fuera una caricia que baña todo, hasta las briznas de polvo y de incienso se ven más coloridas. Siempre me ha gustado visitar a la señora de la calle Galeana en día de muertos, ella pone las ofrendas más bonitas de todo Mixcoac; las llena de flores de todos los colores, de cajas y cajas de fruta, platos de mole negro, de amaranto, de cocadas y calaveritas de azúcar, pero sobre todo de higos y duraznos. Es en esas fechas cuando saca de su armario un vestido que solo ese día se pone, es un vestido negro de terciopelo que tiene los bordados más bonitos que he visto, tiene

todas las flores y todos los colores, ella dice que es un vestido muy especial que ha estado en todas las mujeres de su familia, y que viene de un pueblo muy lejos en Oaxaca. La primera vez que lo vi fue como llenarse los ojos de flores, como hundirse en un pozo de terciopelo en el que flotaban todas las flores, fue como si pudiera oler la tierra negra de Oaxaca, ver sus relámpagos y todos los milagros sencillos que ocurren mientras uno parpadea. Ese mismo día le ayudé a poner la ofrenda, yo esparcía todos los pétalos del cempasúchil como pedacitos suaves de sol, mientras ella ponía papel picado por toda la casa. Recuerdo que ese día vi unos cuadros muy bonitos en su sala, ella los guardaba celosamente porque habían sido un regalo de su difunto esposo, casi no dejaba que nadie los viera, decía que esos cuadros tenían el don de haber capturado la verdadera esencia de las cosas, aunque yo solo veía unas sandías pintadas, eso sí, bien rojitas. Los cuadros, después me contó, los había hecho un tal Rufino Tamayo que había sido amigo de su esposo en Oaxaca, y ahora era de lo poco que le quedaba de recuerdo de los días en que estuvo casada.

Por eso también me gusta el día de muertos, porque hace un año vi esos cuadros tan bonitos; y también, ese día por ayudarlo a poner la ofrenda, la señora de la calle Galeana me regaló unos pinceles y un lienzo. Me los dio para que pudiera pintar todos los colores que viera cuando en el cielo apenas asomara la primera estrella de la mañana. Y eso es lo que he ido haciendo todos los días: ir encontrando todos los colores que la tierra guarda. Cuando se me acabó el lienzo, tuve que buscar la manera de comprar más tela para seguir pintando, por eso le ayudo a mi familia, si yo me porto bien y recojo toda la fruta de

los campos, ellos me regalan tela para que yo pueda pintar. Cuando sea grande quiero ser pintor como ese señor Rufino Tamayo, quiero pintar los higos de este pueblo para no olvidarlos nunca.

Siempre se me hace tarde para volver a mi casa, mis papás tienen miedo de que un día me pierda en la oscuridad y nunca me encuentren, pero no entienden que los colores más bonitos los tienen los volcanes cuando en ellos caen las primeras sombras, y si no los capto pronto con mis pinceles, se me va a olvidar y nunca podré ser como el señor Tamayo; por eso me regañan cuando llego y la calle apenas se ilumina con las luciérnagas, entonces gritan mi nombre muy fuerte y yo sé que me voy a ir a dormir sin cenar, pero no importa, porque un día podré enseñarles cómo se ven los volcanes y ese día se van a alegrar de que siempre llegue tarde.

Un día me dio por pintar a las personas, quería recordar cómo era el color de los mercados y toda su gente: cómo era doña Elodia vendiendo sus artesanías de barro o don Cirilo arreglando los claveles de su jardín, pero lo que más quería, era pintar a la hija del doctor Villasana. Luisa es la niña más bonita que he visto, ella sale poco, pero cuando lo hace todo a su alrededor se vuelve más cálido, como si todas las cosas se alegraran con su presencia; yo pienso que ella es más hermosa que el sol y que las estrellas, espero que cuando crezca, pueda hacerle un retrato muy bonito y se quede joven para siempre, que nunca se le haga vieja la sangre que en ella circula o se llenen de canas sus cabellos.

Siempre me ha dado miedo quedarme ciego, no sé qué haría si ya no pudiera conocer al mundo a través de mis ojos, si ya no pudiera ver más un jardín recién llovido, o los destellos del collar de

esmeraldas de mi mamá. Por eso cierro los ojos de vez en cuando para no gastarlos, a veces me gustaría poder ver mi interior cuando cierro los párpados, me gustaría ver cómo respiro o cómo circula la sangre por mi cuerpo, o saber de qué color es el latido de mi corazón, o si tenemos alma y de qué color es. A veces me gustaría ver la cara del sol, pero mi mamá siempre me ha dicho que no vea directo al sol, uno de sus hermanos lo hizo y entonces se quedó ciego para toda su vida.

Un día soñé que viajaba por todo el mundo conociendo muchas ciudades y personas, visitando museos donde hay muchas pinturas de muchos señores famosos, una vez en la escuela vi una postal de un señor Vincent, era una noche llena de estrellas, de luceros brillantes que parecían girar en remolinos de aire. El maestro nos dijo que ese señor podía ver formas y colores donde las demás personas no podían, que tenía un don especial en sus ojos que nadie entendía.

Yo sé que para conocer el mundo tengo que irme de aquí, pero me pone triste la idea de hacerlo, me gusta mucho mi casa y las calles empedradas que en la mañana huelen a jazmín, además extrañaría mucho a la señora de la calle Galeana que siempre ha sido muy buena conmigo, dice que soy como su nieto y que hablando conmigo se siente menos sola. Pero si un día me voy sé que regresaría aquí para volver a ver todos los colores que hay, regresaría para ver el agua de la fuente, las jacarandas en primavera, y para dormirme bajo la sombra de la higuera, a veces siento como si ella me escuchara, como si entendiera todo lo que le hablo, como si ella conociera más que yo el mundo a pesar de que esta plantada y no se puede mover, pero a lo mejor son sus hojas que vuelan muy lejos las

que le cuentan como es el mundo. Siempre me ha dado curiosidad saber que se siente cambiar de color como las hojas, por más que me veo la piel, sigue del mismo color. Ojalá que no se me vaya el color cuando sea viejo, o que si lo hace se vaya volando como las hojas de un árbol. Yo sé que la higuera es mi amiga aunque la gente diga que los niños tenemos mucha imaginación y echamos puro cuento, también sé que cuando haya visto el mundo vendré de viejo a contárselo a la higuera, y a lo mejor alguien cuente esa historia en muchos años.

 Pero mientras tanto seguiré viendo el vuelo del color en las hojas de los árboles y en el papel picado del día de muertos.





TERCER LUGAR

EL QUERUBÍN DE PIEDRA

Cristian Adolfo Chimal Santana

«Güeyepú»

Cuando nos mudamos de casa no sabía cómo tomarlo. No era el tipo de niño que podía echar sus cosas en una maleta e irse sin más. Mucho tiempo extrañé a mis amigos de la escuela, el parque de enfrente en el que jugaba y nuestra casa naranja con el peral torcido en el centro del patio. Todo eso era el único lugar al que pude llamar mi hogar. Más fuerte fue el hecho de que mi papá, al que poco puedo recordar ya, se hubiese ido meses atrás al extranjero y nos dejara a mi mamá y a mí solos en un mal tiempo. Fue ella la que decidió que lo mejor sería vivir en casa de mi tía Lourdes. No tenía nada que reprocharle, mi madre siempre vivió de sacrificio en sacrificio para darme la vida más decente que pudo. No conseguí hacer muchos amigos en la escuela tampoco. No sabía si era por mis zapatos ortopédicos, el suéter marino que mi tía Lourdes me tejió o el hecho de que no podía decir una palabra sin que se rieran de mí por mi «acento chilango». Eran todos en ese pueblo los que tenían acento, no yo.

En aquel entonces mi madre llegaba tarde de trabajar de la tienda de mi tía y yo pasaba todas las tardes después de clases con mis juguetes y revistas. Estar en esa casa me era realmente deprimente, así comencé a caminar fuera del pueblo buscando escapar de la tensión que la nueva casa me producía. Funcionó. No tardé mucho en encontrar un campo a media hora del pueblo lleno de frondosos árboles y pastos realmente verdes. Era un terreno cercado, pero para un niño de mi edad era fácil entrar por debajo de la reja. Había una atmósfera de paz que me consolaba y desde ahí la iglesia del pueblo se veía como una postal. No obstante, la tranquilidad no duró mucho. Al mes de descubrir mi paraíso privado había llegado maquinaria de construcción y un montón de trabajadores dispuestos a construir una plaza comercial en ese lugar. Así que mi calma se convirtió en ruido de excavadoras, y mi campo verde se volvió vigas y cemento. No me detuvo a seguir yendo, la verdad es que me entretenía observar la construcción, y en un pueblo tan pequeño sin siquiera conocidos no había más qué hacer.

A pesar de que mantenía mi distancia los obreros notaron mi presencia. Imagino que les extrañaba ver a un niño jugando precisamente ahí siempre a las mismas horas porque una vez, Raúl, se acercó a verme a la hora de su descanso.

—Oye, niño, ¿a quién esperas?, se me hace raro que andes por aquí diario.

—No... es que me gusta ver la construcción —respondo agachando la cabeza.

—¿En serio? —me dice mientras ríe—. Bueno, pues podrías agarrar una pala y ayudarnos a echar la colada.

Raúl era alto, aún joven y de mirada sosegada. Era un hombre empático en su trabajo y recibía a todos con una sonrisa. Nos hicimos amigos muy rápido. En sus ratos libres me contaba que como muchos de sus compañeros, venía de lejos para trabajar en la construcción y que con lo que ganara compraría una casa para sus hermanos. De cierta forma me recordaba a mi padre y su eterna promesa de una vida mejor antes de irse lejos.

Con el tiempo comencé a acercarme más a la obra, hasta que el ingeniero Pulido (un viejo gordo y de mal carácter que cubría su calvicie con un copete absurdo), me sacó de ahí de mala gana.

—Esto no es un patio de juegos, niño —me gritaba al sacarme a jalones. Así que seguí observando la obra desde lejos en el árbol de antes, pero Raúl, que ya me había tomado cariño, iba a visitarme en sus descansos para compartir la comida que le repartían.

Un día sentado a la sombra del árbol de siempre, leía el caso de una mujer que tuvo mellizos de distinto padre en una revista de ciencias. Yo pensaba lo inverosímil que era la historia cuando escuché un golpe muy fuerte, como el del metal estrellándose contra el suelo. Alcancé a vislumbrar un tumulto de obreros reunidos y corrí para ver qué había sucedido, pero en el camino Raúl me detuvo y me dijo que me fuera a mi casa. Al principio me negué pero vislumbré a lo lejos al ingeniero Pulido que caminaba hacia mí sacudiendo el puño y maldiciendo, por lo que tuve que aguantar la curiosidad y evitar problemas.

Al día siguiente a la hora del descanso, Raúl me contó lo que había pasado.

—Fue una viga, le cayó justo encima en la cabeza al pobre Sánchez —decía mortificado.

—¿Y qué hicieron? ¿Le avisaron a su familia?

—Ni siquiera supe si tuviera. La verdad es que aquí nos conocemos hasta donde nos contamos. Nos llegó a hablar de que tenía una novia, pero ni cómo contactarla, tampoco nos dijo de dónde era. Y aunque quisiéramos buscarla, no nos dejan. Me han dicho que cosas así pasan todo el tiempo en las construcciones grandes. Muertos hay siempre y lo mejor para los jefes es esconderlos.

—¿Pero qué hicieron con el cuerpo? ¿Dónde lo van a enterrar?
—no creía la inverosímil situación.

—Jijo, ni ganas me dan de contarte qué hicieron con el cuerpo— Raúl vacila un poco y continúa.— No le vayas a decir a nadie pero... ¿ves que habían traído piedra de río el otro martes? Pues es para hacer una fuente en el centro de la plaza. Y como el hoyo ya estaba hecho, echaron al Sánchez así sin más. Yo creo que hoy en la tarde traen la cerámica porque les urge tapar lo que pasó.

Ese mismo día llegó un querubín de piedra que sostenía un platón encima. Lo pusieron al centro de la fuente.

Ya no frecuentaba tanto la construcción. No me sacaba de la cabeza aquella escena que nunca vi, y el golpe seco que escuché se repetía en mi mente como una incesante retahíla. Una noche soñé que me enterraban vivo debajo de una fuente con ángeles de piedra. Raúl tampoco era ya el mismo cuando hablábamos, lo sentía preocupado, absorbo en sí mismo y todo el tiempo hablaba de querer volver a su tierra. Vivía con un gran miedo ahora que le habían asignado el trabajo que Sánchez hacía. Dejé de visitarlo.

Semanas después una noche en que mi mamá llegó del trabajo me comentó inquieta que los de la construcción bajaron al pueblo

buscando con prisas vendas y alcohol, que en la plaza que se estaba construyendo hubo un herido y no había quién ni con qué curarlo. Acabé muy perturbado esa noche. No resistía las ganas de salir a buscar a Raúl.

Al día siguiente y como hacía en otros días, caminé hasta llegar a la construcción y me pasé por debajo de la reja. Esperé a que fuera la hora de la comida y me acerqué a buscar a Raúl. Nadie supo o, mejor dicho, quiso decirme qué había sido de él. Sus amigos incluso fingían que no lo conocían. Angustiado de verdad y decidido a no irme de ahí sin encontrarlo, fui a donde parecía que las excavadoras habían trabajado otra vez. Alguien me detuvo jalándome del brazo.

—Ya te dije escuincle que no te quiero aquí. O te largas de una vez o llamo a la policía a que te saque. —Me gritaba el ingeniero Pulido.

—Estoy buscando a Raúl, ¿sabe dónde está? —le pregunté con lágrimas en los ojos. Tenía miedo de desmayarme por el vacío que sentía en el pecho.

—Lo corrimos por ratero. ¿O crees que no me daba cuenta que se salía a regalarte la comida? Ahora, lárgate de una vez si no quieres que te eche a patadas —dijo luego de empujarme. Parecía un loco con el rostro rojo de coraje y los ojos desorbitados.

Salí corriendo lo más lejos que pude y al detenerme lloré desesperado. Traté de consolarme a mí mismo creyendo lo que el ingeniero me había dicho. Tanto era mi miedo a lo que podría haber pasado que no soportaba seguir ahí, pero tampoco me atrevía a irme. Aquel día me quedé hasta tarde esperando en mi árbol a que Raúl por milagro apareciera. Fue en vano: aún no oscurecía cuando me percaté de que ya había llegado otro querubín de piedra.



LA HIGUERA DE MIXCOAC

Brenda Andrés Montealegre

«xuupy»

Hay en Mixcoac una fuente de piedra brillante por donde el agua va y viene todas las estaciones del año; en la que se refleja el púrpura de las jacarandas en primavera y navegan las hojas secas del otoño. Está al final de una calle empedrada que da la bienvenida al barrio viejo; bordeada de trazos de humo negro que los comales despiden en las mañanas frías, la fuente se levanta como un himno de piedra, como un dios mineral de jade y turmalina. Al voltear la cabeza sobre el lado izquierdo de su hombro, Don Erasmo mira con asombro el camino techado que las jacarandas cierran sobre su cuerpo, donde apenas un sol envejecido penetra por los espacios de las ramas y esparce la agonía de una tarde en que torbellinos de aire ríen en lo alto del cielo. Al pie del árbol, el viento gime entre los claveles y las rosas, entre las azucenas y el aleteo del colibrí que brilla como una

luz verde que poco a poco enciende la noche. Las hojas duermen, las raíces beben negrura de la tierra en reposo y los faros lejanos interrumpen el mar de oscuridad como pequeños corpúsculos que estallan al sonar de las campanas de la iglesia. Don Erasmo avanza entre las casas somnolientas que minuto a minuto se humedecen por la lluvia; entonces se llenan los pozos de agua, se riegan las flores y una corriente silenciosa fluye por las entrañas de la tierra. El cuerpo de Erasmo se constela de trazos verdes como la savia del maguey que brota en la casa que lo vio crecer y a la que hoy regresa de noche. Cierra los ojos y, a oscuras, se pierde en la llama del brasero que yace en lo profundo de sus huesos, un sonido que deslumbra con palabras de piedra, edades de fuego y aire de infancia, de fiestas patronales, de blancura de dulces de azúcar y colores de papel picado que galopan en su memoria como las palabras de un lenguaje no hablado. Aquel lenguaje del recuerdo es el que lo ha hecho volver, la nostalgia le maduró hasta ser un fruto ardiente que solo hallaría reposo entre estos árboles, en estas calles empedradas, en este calor que se afila por todas las cocinas de talavera. Ahora, después de los años se pregunta si su cuerpo ha vivido o ha envejecido; ¿por qué será que su propio cuerpo le resulta ajeno?, habrá sin duda, también, un tiempo en el que pensará en su propia muerte como en una vieja amistad. Por ahora don Erasmo solo se postra frente a una puerta de madera enmohecida, la misma que años atrás lo vio partir en la lejanía de un viento que devastaba las alturas de un octubre de luces almendradas. Erasmo toca la puerta, pasan los minutos, pero nadie se apresura a abrir los pesados postigos y darle la bienvenida a su sonámbula presencia. Erasmo insiste en tocar, en golpear el vientre

de la puerta que regresa la fuerza a su mano apenas mordida por la luz de un farol que a cada golpe avanza. Entonces suena una voz — ¿a qué vienes ya Erasmo?, no hay nadie en tu casa, nunca te perdonaron que te fueras así nomás, y menos que nunca haigas venido o ni siquiera una carta hayas echado—. La voz de inmediato suena como un trueno de la infancia que desgarrar años de ausencia y soledad. —Vente a mi casa hombre, que la puerta que tocas no se abre hace ya 10 años, ya solo quedan aquí Luisa y la vieja de la calle Galeana, ¡uy!, esa Luisa te esperó años y años, hasta que se le acabó lo bonita que era, tan chula que era cuando te fuiste, era tan clara como la misma sombra del agua—. Tendidos uno al lado del otro no hacen más que hablar de los años fuera, de lo diferente que era la vida cuando jugaban a agarrar luciérnagas en los ojos de agua, cuando esos animalitos parecían tatuar la noche de fuego y leer los pensamientos. Pasaron las horas, hasta que vino la mañana a clarear todo de nuevo, las calles se volvieron diáfanas bajo la niebla que se disipaba mientras todos bebían café a sorbos. Erasmo estaba menos solo que cuando llegó a pesar de que muchas cosas le parecían ajenas. Es cierto que se había ausentado por años, pero ya quedaba poco de lo que guardaba en su memoria. Había luchado meses y años contra el deseo de regresar, recorrió todo el país haciendo lo que más le gustaba: pintar. Pero aun con ello, no pudo olvidar jamás la imagen de aquel jardín recién llovido que sus ojos veían cada mañana, aquellos muros gastados en que se apoyaban las buganvillas y hacían nido los pájaros, y menos aún aquella imponente sombra que hacía hormiguar los ojos cada vez que se posaba bajo ella, aquella sombra proyectada por la espesura de una higuera. Sus

ojos que habían visto tanto, volvían a conmoverse con el juego de luces y sombras que proyectaban el mejor cuadro jamás logrado. Después de todo, sus hábiles manos, jamás pudieron condensar el color propio de los muros de cal, la luminosidad de unas alas abiertas, la negrura de una olla de barro negro, y mucho menos el interior líquido de un higo. Será quizás por ello que decidió volver para ver en un penoso abrir de ojos a los perales, los duraznos y el dulce trepar de la sombra en una higuera. Aun con todos los labios que le habían sonreído, no podía olvidar aquella boca torcida que era como la sonrisa del mar, aquellos párpados hinchados por el amanecer y esa cabellera que hacía apagar todas las luces en la calle de tan negra que era; esa imagen de agua clara que era el cuerpo de Luisa seguía siendo la imagen petrificada de su propia juventud. Ahora, él era un niño-viejo petrificado, con los huesos frágiles y encorvados, de manos largas y temblorosas, con el cuello de la camisa almidonado y el rostro extraviado, un niño que era consciente de su propia vejez. A eso había vuelto, a recobrar el color que tanto había gastado en todos los lugares que visitó, en todos los cuerpos que pintó, en las flores, en las aguas que siempre fueron otras aguas de otras lluvias, de otros ríos; por todo ello los ojos se le habían endurecido como dos canicas en que el tiempo se acumulaba. Sabía que no le quedaba mucho de vida, que el mundo pronto se desplomaría sobre su cuerpo y la verdad lo cubriría como una pesada roca de silencio. Amanecía en el cuerpo del árbol, en la madera, entre las venas de sus raíces, en las ramas humedecidas. Los frutos que eran como de sangre caían a ambos lados del empedrado, caían como los segundos del tiempo, como la arena de un reloj que batalló toda la noche con los

pensamientos de la higuera. Alrededor no había nada más que saguaros y piedras enormes que estallan bajo el sol; apenas un vago sabor a cal y el galope del agua en una fuente daban seña del poblado que se extendía sobre la tierra. Tendido al pie de la higuera la mirada se despliega como una llama que sueña, apenas se tiene consciencia del cuerpo, que no es la vida ni la muerte sino el pleno sueño del día y la noche. Era la marejada verde de abril: alta y desnuda la que devolvía la sonrisa a Erasmo bajo la espesura de la higuera; le devolvía el resplandor de plumas blancas en un cielo nocturno, el follaje rojo de unos párpados, cientos y cientos de imágenes suspendidas en un hilo de agua que escurría de las hojas húmedas por el rocío del amanecer. Viejo y acabado, como una tierra negra en la que ya no queda mucho que sembrar, pero con los ojos brillantes como papel de oro, como los barquitos que hacía en su infancia con papel brillante de dulces, esos barcos que flotaban en aquella fuente que le daba la bienvenida. Erasmo callaba, sonreía, con el cuerpo frente a la higuera como frente a una mujer; un silencio indiferente que era una mirada dulce, las pulsaciones tranquilas como las aguas de un pozo que sueña, el secreto de un agua dulce y silenciosa. Ignoraba desde cuándo la higuera se levantaba sobre la tierra desnuda, él, desde que tenía memoria, siempre la había visto plantada como una palabra inmensa, como un incendio vegetal que creaba su mundo. Como el color que asciende de la tierra, los ojos de Erasmo volvieron a hacerse blandos, no tardó en que un agua fresca le brotara a la sombra del árbol, tampoco tardó en decir unas palabras. —Yo que era una semilla en el vientre de mi madre, que luego crecí y me maduraron los frutos de la juventud; que amé y pinté tantos

cuerpos, ahora vengo viejo y sin colores en los ojos. Regreso a ti, tú que como yo fuiste una semilla y creciste, que te maduraron los higos y amaste cada viajero que reposó bajo tu cuerpo. Vengo a pintarte, porque ya la luz se me desvanece de los ojos, y me voy a quedar ciego pronto—. Era cierto que la peor desgracia para un pintor era el quedarse ciego, el no ver más todas las imágenes y todos los colores, el no tener más que la substancia intocable de la memoria, el contemplar el mundo con los ojos cerrados, con la mudez de los colores. Dueño de una ceguera irremediable, Erasmo venía a reposar sus ojos bajo la clara sombra de la higuera, ella que era como un cuerpo desnudo y luminoso. Venía al lugar en el que conoció la pintura, el lugar en el que se enamoró por vez primera, donde sus ojos fueron los ojos finos del águila, sus oídos el zumbido de los relámpagos, sus manos la centella en la penumbra. Mudo, entre la luz que se atarda en el cuerpo del árbol y donde se yerguen los más frescos higos, Erasmo lanza la mirada hacia la cara del cielo, a toda la luz que flota y el aire, piensa en todas las estrellas ahogadas en su propia luz. El corazón le palpita, los labios se humedecen con el sabor de las sombras, él mira cómo la cara del sol le va devorando poco a poco la luz para siempre, dejándolo ciego bajo la sombra de la higuera. Al fin ciego, cierra los ojos en el espacio y ve el latido de su corazón en la noche infinita.





EL PRINCIPIO DEL FIN

César Yosué Arana Ortega

«Jim Pizk»

La noche transcurría tranquila y, mientras en la oscuridad esperaba, recordaba el aroma que había dejado atrás al salir de casa, ese aroma que le recordaba el jardín de la casa en la que viviera cuando niño. Esperaba y fumaba pensando que el momento se acercaba y se preguntaba si sería capaz de terminar aquella noche con todo lo que hasta ese día había sido un constante abrir y cerrar puertas que no llevaban a ninguna parte, siempre era lo mismo, siempre como atravesar el umbral al mismo sitio por ambos lados.

La noche estaba fría y en la oscuridad sostuvo con los labios el cigarro para poder cerrar la gabardina que llevaba, mientras se sumía en la modorra y esperaba no demorar demasiado para regresar a dormir a la alcoba, donde aquella mañana había decidido terminar con todo aquello y planeó todo lo que necesitaba ser planeado, para

terminar con el otro (con todos los otros) y terminar con aquella cifra incalculable de repeticiones tan terribles como su sola existencia.

Se entretenía entre pensamientos inútiles cuando el sonido del motor de un auto lo sacaba del trance en que se encontraba y se detenía en la acera contraria, y conforme avanzaban los segundos (absurdos a estas alturas) la noche enfriaba cada vez más. Ya era momento de comenzar, ya era momento de salir de la sombra que lo había mantenido cubierto hasta ese momento. A lo lejos se oyeron unos pasos que resonaban en la oscuridad de aquella calle con eco atronador, que traía consigo la imagen de la mujer que caminaba de prisa para llegar al resguardo que le brindaba su hogar.

El sonido de las pisadas lo hizo retroceder los pasos que ya había andado, con las emociones convertidas en un vórtice que arrasaba con todo. Los pasos se escuchaban cada vez más cerca, ya no tan acelerados, pero seguían siendo rápidos. De nuevo en la oscuridad aguardaba nervioso, escuchando lo que sucedía, notando un par de voces de hombre y mujer casi inaudibles desde donde se encontraban y esperó. Los pasos desaparecían en el viento y en el frío de la noche, dando cabida a lo que debía suceder y era necesario que sucediera.

Mientras salía de la sombra que lo resguardaba, aunque todavía invisible, observó un hombre que regresaba a su auto con gesto de quien olvida algo que es necesario recobrar y por un instante miró hacia donde él se encontraba para luego volver a poner atención en lo que hacía. Un instante, cuando se descubrió bajo la luz del farol en aquella esquina, observó la gabardina café que había elegido esa noche para salir (la que más le agradaba) y al tiempo descubría el arma que había decidido utilizar.

Bajo la luz del farol parecía invisible a los ojos de aquél que era acechado, aquél que le daba la espalda para dirigirse a la entrada de su casa y un momento después parecía vacilar para entrar, aquél que acababa de sacar lo que parecía ser una gabardina café de su auto y ahora parecía haber estado esperando el disparo que llegaba a su espalda y lo hacía caer agonizante, sabiendo que en un rato moriría.

Sabiendo su labor casi realizada (aún era cuestión de tiempo y el absurdo volvía a caer en su mente como una roca caería, enturbiándola por completo, en el agua) se dirigió a su auto para emprender la partida. Mientras conducía, recapitulaba los eventos de la noche, todavía con las emociones como aquel vórtice que lo aturdió y que solamente le permitía en ese momento nada más que recordar aquel eco que llegó a sus oídos después del disparo, aquel eco que lo alcanzó apenas y terminó de caer el hombre moribundo, aquel eco que apenas se escuchó en la calle y que, sin embargo, estaba ahí tan atroz como si de un estallido se tratara.

Aquel eco algo de sí se había llevado junto con aquel pobre infeliz que había caído en la oscuridad como fin de su cometido, pero como principio de aquel ciclo terrible en el que ahora se encontraban ambos sumergidos, sin la más mínima posibilidad de escapatoria. Aún podía verse mirando a aquel hombre con su gesto de querer recobrar lo olvidado sin mirarlo siquiera, aquel hombre del otro lado que pareciera tan lejano en aquel instante y que, sin embargo, le era tan familiar como solamente algo así permitiría.

Cuando daba vuelta en la esquina en el auto, se sintió irónicamente aliviado y miró la calle como algo que había visto tantas veces, pero nunca como aquella noche en la que se supo victimario y

víctima de sus propios actos; ahora la calle tenía algo diferente, tenía algo de siniestro, como si aquella muerte lo hubiera seguido hasta ese lugar, como si supiera que esa muerte lo acompañaría a donde quiera que fuera de ahora en adelante, como si alguien lo esperara en la oscuridad sumido en la modorra en aquella noche fría.

Al detener el auto en aquella esquina, tuvo la certeza de ser observado y no le importó; sabía que así debía ser y justamente así era en aquel momento. Bajó del auto a la inclemencia de la fría noche y caminó hacia la puerta que había de llevarlo dentro y se supo dentro de una coincidencia sardónica, cuando a lo lejos escuchó aquellos pasos tan sonoros en aquel silencio, solamente roto por el sonido del viento.

Cuando los pasos estuvieron lo suficientemente cerca se transformaron en un rostro femenino y en una voz apresurada que saludaba dando las buenas noches (cuestión de cortesías en estos tiempos en los que ya nadie se permite conocer más allá de las personas que viven una o dos casas después de la suya). Al desaparecer los pasos en el viento de la noche y recobrar el silencio que hasta ese momento reinaba, recordó que debía dirigirse a su auto y recobrar su gabardina café para que todo siguiera su curso.

Envuelto en las reminiscencias de la noche, y ya con la gabardina en las manos, miró de reojo la sombra que se encontraba justamente frente a él y no vio nada, supo que aquél era el principio del fin, tanto como el fin del principio; y dio la espalda a la oscuridad mientras caminaba hacia la puerta y titubeó por un momento pensando en caminar hacia las sombras, pero se convenció de que era mejor así.

Un instante bastó para que de pronto sintiera en la espalda el eco caliente que creyó haber dejado atrás, ese mismo eco que ahora lo alcanzaba pero desde otro lado, siempre viajando a su espalda, pero viniendo desde otro lado. Solamente supo de sí mismo mientras sentía que sus piernas se debilitaban tanto como para no poder soportar su propio peso y caía pensando en que ahora ya no había vuelta atrás, así debía ser para terminar con todos los demás. Desde el suelo pudo escuchar un auto partiendo y el ciclo comenzaba de nuevo.

La noche está fría, no estoy seguro de lo que me trajo aquí, pero sé que debo estar, sé que todos los que han esperado como yo somos el mismo, sé que todos los que han caído somos el mismo. Sé que debo acabar con todos. Parece que cada vez hace más frío y ahora el ruido del motor de un auto me saca del trance. Es hora de comenzar para ponerle fin a todo esto, aunque el fin no llegue jamás.



ES MUY BONITO EL AMOR, PERO...

Carmen Sharaf Franco Ortega

«La Snitch dorada»

Ese día me encontraba demasiado agotado. La mayor parte de la jornada laboral la había pasado de pie. De cierta forma no era justo, cuatro años de estudiar ingeniería civil para que en un mes, aquel viejo amargado que se volvió mi nuevo jefe, cambiara la forma de trabajar de los empleados. Inmediatamente, y sin preguntar a nadie, impuso la ley «no se van hasta que acaben», lo que me obligaba a participar en la obra si deseaba llegar temprano a casa, y por temprano quiero decir a las diez de la noche. Más de 12 andamios habían pasado por mis hombros ese miércoles, mi espalda estaba llena de nudos.

La obra de ese entonces era un edificio de cinco pisos ubicado en avenida Legaria, cerca del metro Tacuba. La distancia entre mi trabajo y el metro se podía recorrer en 10 minutos caminando a paso lento, aun así, ese día decidí tomar una combi color verde con el fin de ahorrarme ese pequeño trayecto.

Cuando la combi llegó a la estación, sucedió. La vi entrando al metro. Llevaba puestas unas botas cafés, medias negras, una falda verde y una blusa beige. El cabello lacio y rojo le caía como una cascada hasta la cintura. Aunque desde donde me encontraba solo podía ver la parte posterior de su cuerpo, no tenía duda de que se trataba de una mujer hermosa. Se movía como se mueven las nubes, con elegancia. Parecía que cada paso lo tenía estudiado a la perfección.

No soy de los tipos que se acercan a las mujeres desconocidas para entablar una conversación, pero cuando la vi, sentí una necesidad impulsiva de hablarle. Sentía que si no descubría su nombre mi cuerpo podría explotar por dentro. Cabe decir que siempre he sentido atracción por las mujeres pelirrojas, las mujeres cuyo cabello está atardeciendo todo el tiempo.

Llevaba apenas cerca de tres segundos mirando su andar cuando la escultural dama bajó las primeras escaleras del metro y se dirigió a la taquilla. El metro Tacuba se encuentra por debajo del nivel de tierra, por ello, para llegar al andén donde se toma el metro hay que bajar muchas escaleras.

Seguí inmediatamente a aquella chica. La joven se formó en una enorme fila de gente que quería comprar su boleto. Me sentí con suerte, yo tampoco traía boleto. Aunque me di prisa en seguirla nos separaban unas cinco personas. Esa estación, por su ubicación, a toda hora está llena. Volví a sonreír, en lo que ella se hacía con su boleto y yo con el mío tendría tiempo suficiente de planear un diálogo. Algo inteligente, algo que más que un «hola, disculpa, ¿este metro va en dirección Barranca del Muerto?»

Mientras pensaba las palabras correctas, me distraía viendo su cabello, no podía apartar la mirada de su cuerpo que era mucho más fino que el de las estatuas de mujeres de Auguste Rodín que había visto en el museo Soumaya. Varias veces intenté ver su rostro, pero desde donde me encontraba era imposible.

De pronto, la joven de botas cafés abandonó la fila. Al parecer, entre ese laberinto que es la bolsa de una mujer, había encontrado un boleto. Maldije para mis adentros. Por lo menos tardaría de 3 a 5 minutos en hacerme con un boleto.

La persona de la taquilla era una señora gorda que con su mano izquierda atendía la venta de boletos y con la derecha comía unos tacos dorados. ¿Qué demonios le pasaba a esa mujer? Quería gritarle que dejara de lado su delicioso taco con crema, queso y salsa pasilla, para que la fila avanzara más rápido. No sé por qué, pero sentía que buena parte de mi vida dependía de alcanzar a la dama que ahora bajaba las escaleras eléctricas.

Para mi desgracia, en mis bolsillos no contaba con cambio, solo un billete de 20 pesos. La fila avanzaba lentamente, pero avanzaba. Después de unos minutos que me parecieron una eternidad, al fin fue mi turno frente a la taquilla.

Uno, dije, esperando que fuera más rápida la atención porque la mujer no tendría que cortar el boleto de la tira. La señora tomó mi billete, lo miró, bostezó y me preguntó, ¿dijo uno, joven? «Maldita sea, ¿qué tan difícil es entender esas tres letras?», pensé enojado. Sí, uno, contesté molesto. Con una lentitud impresionante, aquella señora deslizó mi hermoso boleto blanco hacia mis manos

junto con 15 monedas de peso. Salí corriendo hacia el torniquete sin detenerme a tomar el dinero. ¡Su cambio joven! , gritó la señora. La ignoré, estaba en juego conocer a la mujer de mis sueños.

Corrí, corrí como nunca antes lo había hecho. Bajé por las escaleras eléctricas, que por supuesto, estaban llenas de más gente. ¡Permiso!, ¡permiso!, repetí casi gritando y al mismo tiempo a modo de súplica a las personas que estaban paradas del lado derecho de los escalones, obviamente a ellas no les hizo mucha gracia que los moviera. Cada que me era posible, bajaba de dos en dos los peldaños. Una pareja me miró preocupada. Alcancé a escuchar cómo la mujer le decía a su esposo, ¡pobre joven, ojalá no sea una emergencia muy grande! Pero sí lo era, se me iba la vida calzada de botas cafés.

Para las terceras escaleras sentía como el corazón se me salía del pecho. En una forma poética, por mi mente cruzó el pensamiento de que mi corazón también corría hacia aquella desconocida de falda verde.

Jadeando llegué al andén por el que pasa el metro con dirección Barranca del Muerto. Yo iba en esa dirección, por alguna razón, esperaba que ella también lo hiciera.

Me dirigí primero al fondo del andén, ahí había otras mujeres, pero no la que yo buscaba. El viento que antecede la llegada del metro llegó como avisándome que me quedaban 5 segundos antes de despertar del sueño. Volví a maldecir. Tenía que encontrar a la dama misteriosa antes de que llegara el metro.

De prisa me dirigí al centro del andén. Ahí estaba ella, debajo del reloj, esperando. Me detuve por un momento, y sonreí al tiempo que me limpiaba el sudor de la frente con la mano derecha, no quería

que se llevara una mala impresión de mí. Escuché el tono de LA que antecede la llegada del metro. El metro naranja llegó y de reojo, mientras miraba el perfil de aquella dama, pude ver un paradisíaco asiento color verde pegado a la ventana en los primeros vagones.

Volví a correr, pero con muchísima más velocidad de lo que lo había hecho en las escaleras. Pasé de largo a la muchacha de falda color verde que creo volteó a verme —efectivamente, era más que hermosa, su rostro parecía tallado por el mismo Miguel Ángel— y llegué a la altura del primer vagón antes que el metro se detuviera. Me coloqué en posición de pelea y entré primero que nadie. Una viejecita a la que sin querer empujé al desplazarme para alcanzar ese oasis verde limón, me miró algo enfurruñada. Me senté. Pegué la cabeza a la ventana y cerré mis ojos. ¡¡¡¡Ah!!!!, exclamé victorioso desde mi asiento.

«Es muy bonito el amor, pero es mucho más lindo el descanso», fue lo último que pensé antes caer dormido con una sonrisa en los labios.



CONFUNDIERON UN PUNTO FINAL CON UN PUNTO Y APARTE

Joanna Fuentes Montejo

«Pancake»

Era una mañana de invierno, el parque estaba casi solo y Gustav se estaba congelando mientras esperaba al chico que lo citó ahí la noche anterior.

—Estás tardando demasiado, Kendall —habló para sí mismo el de lentes titubeando por el frío.

Según su novio, necesitaba decirle algo importante y, por cómo se escuchaba su voz, los nervios no podían faltar. Gustav estaba intrigado. ¿Qué quería decir Ken?, ¿estaría enfermo?, ¿tendría problemas?, ¿quería terminar con él? Sí, esa era la pregunta que estaba torturando al castaño.

En su espera, escuchaba música, pero no cualquier tipo de música. Eran las típicas canciones que todos escuchamos en nuestros momentos de tristeza; esas canciones cuya letra está creada para

romper corazones. Gustav tensó la mandíbula al ver a aquel rubio que se aproximaba con el suéter gris que tanto le gustaba.

—Hola, Gustav —llegó Kendall con un semblante que preocupaba a cualquiera.

—Hola —el de lentes trató de sonreír logrando solo una mueca—. ¿Qué querías decirme?

—¿Podemos caminar? —Kendall miró a su alrededor y suspiró.

—Está bien —trató de tomar su mano, pero este no lo permitió—.

¿Qué pasa? —frunció el ceño posicionándose frente a él.

—Gustav, no quiero tardarme diciendo esto —tomó un poco de aire—, ayer tuve un problema en la preparatoria y...

—¿Por qué no llamaste? —interrumpió el mayor—. ¿Te hicieron algo?

—No, nada grave. El punto es que... —mordió su labio inferior inseguro de lo que estaba por decir—, quiero terminar contigo...

—¿Qué? —fue lo único que salió de los labios de Gustav—. ¿Por qué? —estaba aterrado, su corazón palpitaba velozmente y sus manos sudaban.

—Ayer en una clase comenzaron con esas bromas... —se detuvo un momento para calmar su respiración—, estoy harto de ser la burla de esos idiotas... —Sollozó.

—¡Oh no, Kendall! Lo siento. —exclamó el castaño.

—Odio que me traten de esa manera por ser raro. ¡Odio el hecho de que sepan que soy gay!

—Bueno, en ese caso podemos seguirlo ocultando, como desde el primer día —lo tomó de los hombros—, no necesitan saberlo.

—Y yo no necesito ocultarlo, solo que he llegado a mi límite —miró dolido a su acompañante.

—La decisión de escondernos fue tuya, ¿lo olvidas? —suspiró—, desde un principio te dije que quería ser como todas las parejas, besarnos libremente en la calle y esas cosas. Siempre quise que nos vieran juntos como lo que somos. Mostrar que en el amor no importa el género, Kendall —acarició su mejilla con ternura.

—Pero no somos normales, Gustav, ¿no lo entiendes? Somos solo fenómenos idiotas que no pueden ir demostrándose cariño como si fuera lo más normal del mundo —ambos dirigieron sus miradas a una pareja que reía a lo lejos.

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos ser como ellos, Ken? ¿Por qué no puedo solo acercarme y darte un beso? —se acercó a él con el ademán de hacerlo.

—¡Porque damos asco! —Kendall lo empujó—. ¿No lo ves? Somos hombres...

—Eso nunca te importó —un hilo de voz salió de un Gustav dolido. Su corazón se estaba partiendo con cada palabra.

—Ahora me importa —Kendall sollozó—. Perdón, creo que es lo mejor para ambos, Gus.

—¿Para ambos o para ti? —Gustav dejó salir sus lágrimas al ver cómo el chico del que se había enamorado se alejaba y lo dejaba solo—. ¡Kendall, te amo! —gritó para llamar su atención fallando al instante. Esa misma mañana su corta historia había terminado, algo se rompió dentro de ambos, pero tenían que seguir adelante.

Pasó el tiempo y ambos rehicieron su vida. Se habían olvidado casi por completo el uno del otro; también, olvidaron que el mundo es muy pequeño.

Gustav estaba repasando, mentalmente, todas las cosas que debía comprar del supermercado, mientras Kendall repasaba las notas musicales de su nueva canción. Ambos, al llegar al jardín de niños, levantaron sus miradas llevándose una gran sorpresa.

—¿Gustav? —preguntó Kendall impactado.

—Kendall —habló el castaño impresionado.

—¿Qué?... —tragó en seco y sonrió estúpidamente—. ¿Cómo has estado?

—Bien —Gustav se dio la vuelta quedando de frente con la entrada del colegio.

—Ha pasado tanto tiempo, Gus —Kendall se recargó en el auto que estaba estacionado.

—Sí, demasiado tiempo —suspiró el de lentes. No podía negar que ver al rubio le causaba un escalofrío que recorría todo su cuerpo.

—¿Qué has hecho de tu vida? —preguntó Kendall— Me fui a Kansas y no te volví a ver —habló tímido.

—Es lo que querías —murmuró Gustav para después alzar el volumen de su voz—. Estudié administración y, por el momento, me encuentro trabajando en una empresa —dijo—, veo que tú decidiste estudiar música.

—¡Oh! —Kendall bajó el estuche de su guitarra que colgaba en su hombro y sonrió—. Sí, por eso me fui de aquí —fue interrumpido por el timbre del colegio, el cual anunciaba que era hora de la salida.

—Me alegro que estés bien y todo en tu vida vaya en orden, Kendall —Gustav fingió una sonrisa y el contacto visual, que tanto evitaba, se logró en ese instante.

Kendall vio esos ojos cafés, nuevamente, y su mente se volvió un caos. Gustav había cambiado por fuera, pero tenía el presentimiento que seguía siendo ese chico dulce del que estaba enamorado en su adolescencia.

—¡Campeón! —exclamó Gustav agachándose a la altura de un niño rubio que corrió, directamente, a sus brazos— ¿Qué tal tu primer día de escuela? —el rubio no sabía cómo reaccionar, solo se quedó cohibido observando la escena.

—¿Él es tu? —dejó la pregunta al aire ansioso por escuchar la respuesta.

—Mi sobrino —rió Gus—. Pusiste cara de horror —se burló el mayor.

—Tío Gustav, hice una amiga —habló risueño el pequeño.

—¡Papi! —una niña de cabello negro y ojos verdes corrió hacia Kendall, quien la cargó al instante en que llegó. Gustav miró la escena borrando su sonrisa burlona de su rostro, era verdad que no lo había superado.

—Ella es...—trató de hablar Kendall pero, nuevamente, fue interrumpido.

—Sacó tus ojos, Kendall —sonrió el de lentes viendo a la tierna niña que yacía en los brazos del rubio.

—Sí —dijo sin más. El silencio incómodo se apoderó del momento logrando una alta tensión entre ambos hombres.

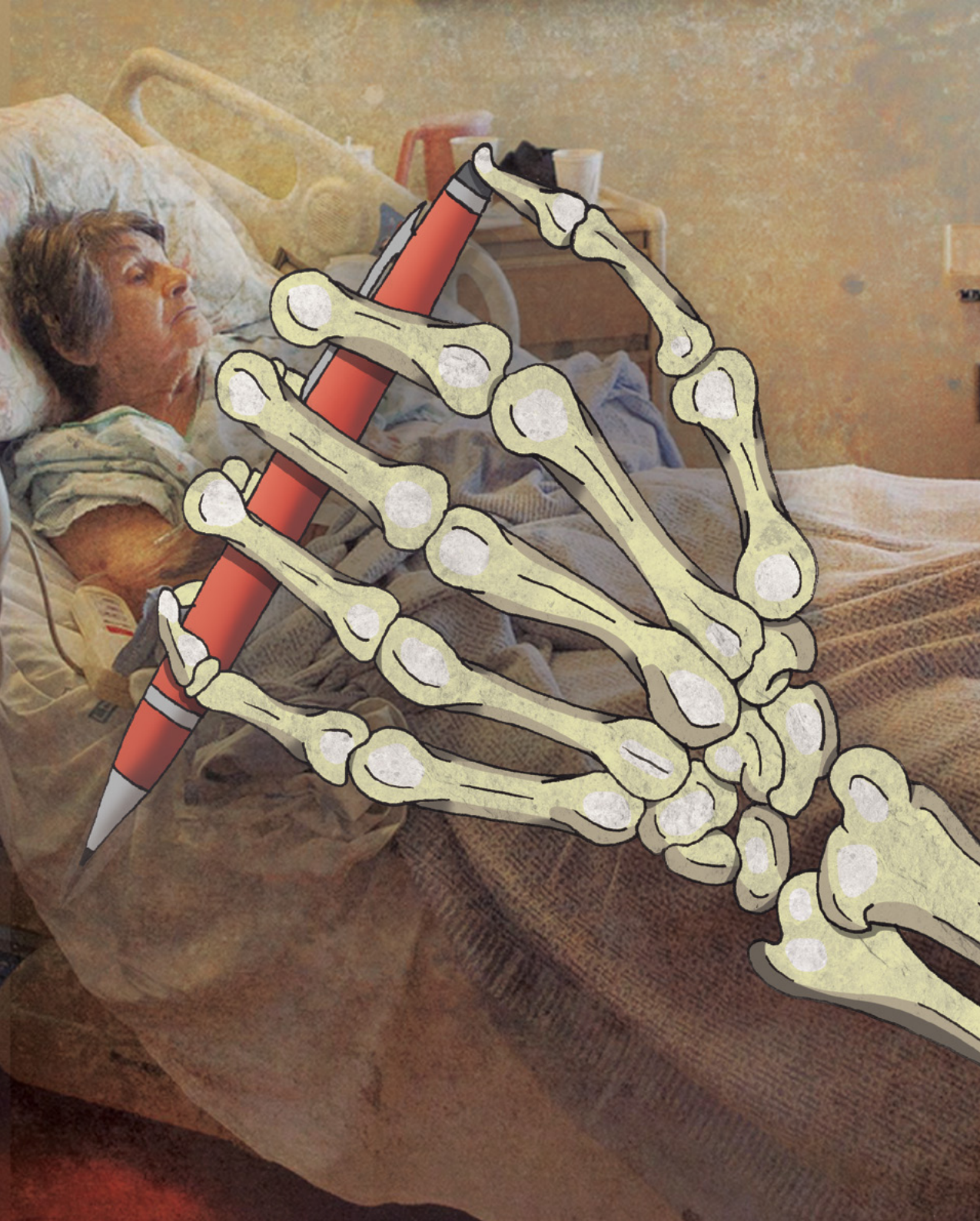
—Hora de irnos, Will —dijo Gus dando la vuelta y comenzando a caminar.

—¡Adiós, Katelyn! Te veré mañana —el pequeño rubio se despidió de su nueva amiga.

—Adiós, Will —la niña se despidió de igual manera viendo hacia la dirección contraria donde su padre caminaba.

Kendall caminó sorprendido por lo que acababa de suceder. Su hija platicaba su experiencia en el jardín de niños, pero no podía oírla; sus pensamientos ensordecían todo ruido a su alrededor. Mientras tanto, Gustav agachaba su cabeza para secar con su manga la lágrima que se había derramado de su ojo derecho. ¿Quién diría que, a partir de ese día, tendrían que verse, nuevamente, casi del diario al medio día?





LA METAMORFOSIS DE LA MUERTE

Francisco Javier García Acevedo

«Wyq»

La sala del departamento está en silencio. Al interior de la recámara principal, una mujer agoniza, acompañada de un joven, en cuyo rostro se distinguen la desesperanza y el dolor, y dos perros, que permanecen recostados en la puerta. El ambiente lúgubre da indicios de que la tragedia merodea por el lugar y hace que se apague lentamente la ilusión quimérica de evadir el destino. De repente, el silencio se rompe, y un aire frío, casi glacial, invade la sala. Los dos perros corren a esconderse bajo el lecho de la enferma y comienzan a gemir inconsolablemente. Parecen muy asustados, y han de estarlo, pues mientras tanto, en la sala, la Muerte ríe a carcajadas.

Se acerca la hora, pero esta Muerte está demasiado entretenida disfrutando de una comedia como para darse cuenta. Es una Muerte a la que le gusta leer mientras espera para hacer su trabajo —porque esperar es aburrido, y más si se trata de la Muerte, que siempre debe

esperar, aunque desespere—, y así aprovecha esos largos ratos previos a su labor, deleitándose con algún ejemplar literario, por lo general de los clásicos, que son sus favoritos. El momento fijado se avecina, y la Muerte, entre tanto, sigue riendo sin parar, hasta que una alarma que cuelga de su hoz interrumpe la dicha. Por fortuna, la Muerte es precavida, y comprende que estas cosas pueden suceder. Aún queriendo continuar con su libro, entiende que el deber es el deber, así que, en medio de gruñidos y rezongos, se ve obligada a abandonar su lectura, y se aproxima a la habitación.

Desde la puerta, observa el rostro de la mujer. En ocasiones como esta, desearía no haber sido Muerte, ni tener la tediosa obligación de tomar el último suspiro de la gente, ni aterrorizar a todos los animales a su paso. A veces, esta Muerte simplemente quisiera estar despejada en la tranquilidad de su hogar, leyendo sus libros sin tener que salir en busca de personas como esta mujer. Sin embargo, sabe exactamente lo que tiene que hacer, y de momento piensa que, en lugar de ponerse a divagar, debe apresurarse para poder seguir en lo que estaba. En menos de un minuto, la Muerte ya va de regreso a la sala, toma su libro y sale camino a casa.

Pese a que no tiene contratiempos en su sendero, esta Muerte no consigue continuar con su comedia. El caso de la mujer hace que, de algún modo, se perturbe; no por la mujer en sí, sino por ella misma, y la hace caer en la cuenta de algo que siempre ha sabido, pero que con frecuencia ignora: su misión es superflua e intrascendental. Sus casos son triviales, porque es una Muerte local, de un barrio, de baja categoría, a diferencia de otras Muertes, que se ocupan de los presidentes, las celebridades y los intelectuales, y de otras tantas que,

por su nombradía, había estudiado con pormenor en sus clases de historia. Piensa que, a lo mejor, no es tan buena en lo que hace, que carece de idoneidad y llega a la conclusión de que, si no es buena Muerte, con seguridad debe ser buena en algo más.

La Muerte escudriña sus antecedentes y resuelve que, luego de tantas lecturas, ha llegado la hora de que otros disfruten de lo que ella puede escribir. Sin siquiera medir la agilidad de una pluma en sus huesudas manos, esta Muerte ha empezado a recrear una historia tan apasionante como escandalosa, y por vez primera siente que las cosas fluyen con naturalidad. Si bien es disturbada en ocasiones por sus quehaceres de Muerte, usa a su favor los instantes de espera para reanudar la labor, a medida que goza de la satisfacción inefable de ir dando vida a su primera obra. Pasan varios días, y esta Muerte ya está exhausta, pero en su tremebunda calavera aparece un mohín que hace las veces de sonrisa. Está muy satisfecha, y abraza con pavorosa solemnidad su novela ya culminada.

Son varios los concursos literarios que tienen lugar en la localidad en donde opera esta Muerte. Ella, no obstante, se interesa en particular por uno nacional, que es además el más prestigioso, y se decide a enviar su novela. La Muerte, desde luego, es muy prudente y entiende que no puede firmar el libro con su propio nombre, en parte porque las demás Muertes podrían enterarse e irían con quejas a la Gran Muerte, a quien esta Muerte teme más que a nada. Tampoco lo hace porque sospecha que su obra no sería tomada con seriedad, y a esta Muerte le enoja profundamente que no la tomen en serio, pues nada hay más serio que la Muerte misma, aun si es la Muerte de una localidad. A la larga, opta por un seudónimo que

conservar sus iniciales, una denominación tan misteriosa como literaria: «La Maga».

La espera de esta Muerte se ha hecho perpetua. No logra concentrarse en sus asuntos y cuenta con impaciencia los días para recibir el veredicto. Pasa semanas anhelando tener un don distinto al que le fue dado, algo que le permita acelerar el curso del tiempo o conocer el futuro. Los anhelos la empiezan a desalentar, y al final se da por vencida y se dispone a aguardar.

En definitiva, el gran día llega. Los nombres de los ganadores de cada categoría serían publicados en la plaza central de la capital. La Muerte se ausenta de su localidad, rogando al cielo que no haya ningún evento macabro que la interrumpa, y emprende el viaje. Al llegar, observa la plaza abarrotada e intenta identificar su alias entre las cuartillas adheridas al muro. Esta Muerte, aunque carezca de ojos, tiene una vista de halcón gracias a la negrura de sus cuencas, que albergan algo sustancialmente más poderoso, y sin dificultad avista su seudónimo en el recuadro de ganador, en la categoría de novela. La impaciencia de la Muerte se convierte en júbilo y, con una brisa de satisfacción, se acerca un poco más para ojear la fecha y el lugar de la premiación. Sería dos días después.

Esta Muerte se ha acicalado como nunca antes. Pide nuevamente al cielo que le eche una mano y sale hacia la capital. Una vez allí, nota que el auditorio es más fastuoso de lo que ella imaginaba y que los espectadores reflejan en el rostro la curiosidad de ver en persona a los ganadores. Inicia la ceremonia y la Muerte, mientras tanto, espera en silencio en el costado izquierdo, junto a las escaleras que dan al escenario. Finalmente, es llamada a subir por su distinción.

Nadie puede ver a esta Muerte que está tan elegante, pero su sola presencia llena el entorno de suspenso y pavor. Toma el diploma y, entonces, ocurre lo insólito: el auditorio empieza a sacudirse bruscamente, las columnas fallan y el techo se desploma sobre el público. No queda una sola alma en el recinto salvo la de la Muerte, que observa el panorama con estupefacción. Pronto, además, advierte que su apariencia ha cambiado. Ahora, esta Muerte luce como una mujer, una joven y tierna mujer. Con su cartón bajo el brazo, sale de las ruinas del lugar y emprende su camino calle abajo. Por el trayecto sonrío y a la vez llora porque si tantos simples mortales han podido librarse de sus demonios gracias a la escritura, es justo que también pueda hacerlo la mismísima Muerte.



BAILE DE MÁSCARAS

Jorge Enrique Medina García

«PeasantKing»

«Siempre acabamos llegando a donde nos esperan»

José Saramago

La lluvia golpeaba sin tregua los gigantescos ventanales que dejaban al mundo asomarse al espectáculo que se desarrollaba dentro del elegante salón. Dentro, un par de candelabros que como arañas doradas extendían sus telarañas de luz, iluminaban un espacio amplio, impecable; un monumento al lujo y a la ostentación. Las paredes estaban cubiertas por retratos de diferentes tamaños de hombres y mujeres de semblante severo, que parecían mirar fijamente y con desdén a quienes se cruzaban con sus ojos. Un par de chimeneas, una a cada extremo del salón, ardían con parsimonia, devorando los ardientes leños que las alimentaban con una calma infinita, su lento crepitar

parecía tararear los vales que un cuarteto, impecablemente vestido con trajes tan negros como la noche que se extendía fuera del salón, interpretaba para deleite de los presentes. El piso estaba cubierto por cientos de baldosas, cada una tan brillante con el reflejo de la luz de los magníficos candelabros, de las tranquilizantes llamas de las chimeneas y del ocasional rayo que partía el oscuro cielo en dos, como si fueran estrellas capturadas mediante algún macabro sortilegio y atadas permanentemente al suelo.

En medio del salón, acompañados de varias decenas de personas que repartían por aquí y por allá copas de vino y champagne, de whisky y coñac, bailaban un centenar de parejas enmascaradas. Cada una de las figuras parecía ser un fantasma, un recuerdo de tiempos antiguos, de aquellos días en que los caballeros resolvían con un duelo sus disputas, en que las damas cubrían cada centímetro de piel con vestidos y guantes, en que condes, duques y príncipes vivían en enormes palacios como el que esta noche abría sus puertas.

Entre la multitud había dos personas que bailaban juntos, sin saberlo, apasionadamente al ritmo de la música que el incansable cuarteto hilaba con cada nota de sus instrumentos. Se encontraban en lados opuestos del salón, él con una máscara blanca, de ojos azules y labios invisibles, ella con una máscara negra, con ojos dorados y labios de color carmesí, tan rojos como las copas de vino que parecían danzar también entre la multitud. Sin saberlo, ambos bailaban al mismo ritmo uno con el otro, acercándose cada vez más, acortando la distancia que los separaba al tiempo que la música se intensificaba, y alejándose de nuevo cuando esta se volvía más calmada.

Con el paso de las horas, la pareja de desconocidos se encontraba ya hombro con hombro, bailando cada uno con su pareja. Y fue en ese instante, cuando la primer nota de una nueva pieza resonaba en el antiguo salón, que sus miradas se cruzaron. No podían ver más allá de la máscara que separaba la realidad de sus rostros, pero se pudieron mirar mucho más allá de ellas. A través de las hendiduras de los ojos, pudieron mirar por un breve instante el rostro de sus almas. El rostro que no se puede esconder tras una máscara, como no se puede tapar el sol con un dedo. Al compás de la melodía del cuarteto, del crepitar de las eternas flamas, del rugido de la tormenta que golpeaba los ventanales exigiendo ser partícipe de la velada, comenzaron un largo cortejo a espaldas de quienes bailaban con ellos en ese instante.

Un pretexto bastó, «estoy sediento» dijo él, «tengo que ir al tocador», dijo ella, para separarse de sus acompañantes y encontrarse en una esquina del salón, donde la luz de las chimeneas y de las arañas doradas que colgaban del techo se perdía en la oscuridad del cielo nocturno, rodeados de más parejas envueltas en su propio cortejo rítmico.

«Te había estado esperando», le susurro él a través de los labios invisibles de su máscara nívea. «¿Cómo sabías que iba a venir?» le contestó ella, con una mirada de intriga imposible de ocultar tras su máscara. «No te habría estado esperando si no supiera que llegarías», le dijo mientras sujetaba su cintura y la comenzaba a mecer al ritmo de un último vals. «¿Llegar a dónde?», volvió a preguntar ella mientras colocaba sus largos y delgados brazos alrededor de su cuello. «A este momento, conmigo» respondió lacónico con una sonrisa que ella pudo ver a través de la máscara que llevaba puesta.

Se ocultaron detrás de una cortina de terciopelo, donde quedaban alejados de la mirada de los demás, del brillo del piso, del crepitar de las chimeneas y del alcance de la luz de los candelabros. Al otro lado de la ventana, se podían ver los gigantescos jardines del palacio que los recibía, empapados por la tormenta que se negaba a ceder.

«Quítate la máscara», le ordenó con dulzura, «Quítatela tu primero» le contestó con tono autoritario, pero suave. Ambos se quitaron la máscara al mismo tiempo, aunque la oscuridad los seguía manteniendo ocultos, protegidos. Un rayo cayó, iluminando el jardín, como si la tormenta quisiera imitar al astro rey. Le iluminó su rostro, dejándole ver su sonrisa torcida, pero él solo veía en ella el reflejo de una luna menguante. Iluminó sus ojos negros, pero él solo podía ver en ellos reflejadas dos estrellas doradas. Le iluminó el rostro oscurecido por el clima de los trópicos, pero ella solo vio un Sol que fulgurante se alzaba brillando solo para ella. Y la tormenta se detuvo al tiempo que se unieron en un beso.





EL LADRÓN

Ashley Andrea Méndez Hernández

«Pufi»

Correr se le había hecho hábito. Él llevaba cinco meses desempleado. Cinco meses deambulando por las calles a espera de las distracciones cotidianas de la gente; hablar por teléfono, sacar la billetera, caminar con los audífonos en los oídos a todo volumen, buscar algo en la bolsa, etcétera. Solo entonces el ladrón aprovecharía, tomaría lo que pudiera y se daría a la fuga.

Esa vez había sido en la estación de camiones con destino al norte de la ciudad. La mujer le gritaba al niño cuyas piernas parecían colgar de sus bermudas como cuando el viento mueve los cordones de los zapatos colgados en el tendedero. El ladrón aprovechó la histeria de la madre para arrebatar su bolso y salir corriendo. Mientras huía de la escena se repetía a sí mismo que su labor altruista justificaba el hecho.

Las gotas de sudor rodaban por su frente hasta encontrar barrera en sus cejas. A pesar de la experiencia que le otorgaban los treinta y nueve robos en ciento quince días, sus piernas le temblaban y se doblaban constantemente en su marcha, el corazón le latía más rápido, las plantas de los pies le dolían y las manos, que mantenía aferradas al bolso de color rosa chillante, le ardían.

Cuando se sintió a salvo, tomó un minuto para descansar. Abrió la bolsa, tomó la cartera y sacó los cinco billetes y siete monedas que en total sumaban setecientos treinta y siete pesos. Volvió a meter la cartera dentro del bolso y la tiró a media calle. Sin pruebas contundentes de delito, continuó su trayecto con calma, tratando de recuperar con cada paso la energía perdida.

Caminó durante una hora sumergido en delirios, en anhelos y con una profunda hambre que se pronunciaba en cada minuto transcurrido. Entró al supermercado, tomó dos paquetes de galletas, una lata de duraznos, una mancuerna de plátanos y dos cartones de jugo, se dirigió a pagar por sus compras y pidió amablemente a la cajera una caja firme para meter su mercancía. La señorita le proporcionó la caja y el ladrón salió del supermercado. Aún conservaba algo de dinero.

Eran ya las cuatro de la tarde. Claro, el ladrón no lo sabía, pues no tenía reloj, celular o cualquier otro aparato en donde pudiera ver la hora. Para esas instancias, incluso desconocía el día de la semana.

De ese lado de la ciudad oscurecía muy temprano, a las cinco ya había poca luz. El ladrón siguió su camino. Con la caja entre sus brazos, avanzaba en la oscuridad. En el parque, como era costumbre, había muchos niños, el ladrón volteaba a todas partes, buscando,

pero no encontraba al suyo. Después de unos minutos finalmente se sentó en la banca, puso la caja a un lado suyo y comenzó a decir:

—Al fin te encuentro Sebastián, ha sido un día complicado, te he traído tus galletas favoritas.

El ladrón sacó un paquete de galletas de la caja. Lo tomó entre sus manos y lo ofreció. La gente que pasaba se detuvo a observar la escena. El ladrón continuó hablando:

—Ignora a la gente pequeño, ellos no importan, ellos siempre juzgarán todo lo que hagas, como si ellos fueran mejores. Libérate y, ¿sabes cuál es la mejor forma?, adiestrar tu mente para ver lo que tú quieras y no lo que los demás quieran. Si las personas supieran cómo consigo la comida, seguro que me juzgarían, se molestarían porque he elegido un modo diferente de vivir. Un modo que ellos consideraran incorrecto, pero es para ti, todo lo que hago es por ti, pequeño.

El ladrón no pudo continuar con su discurso, pues llegó un oficial de la policía y dirigiéndose a él le dijo:

—Sebastián, ¿otra vez aquí?, creí que había sido claro la última vez. Mejor recoge tus cosas y vete, que asustas la gente cuando hablas solo.

El ladrón miró a ambos lados de la banca, al percatarse de su soledad, tomó las galletas, las metió a su caja, se paró y se fue caminando.



LA VISITA

José Ortega Márquez

«León Gris»

Una noche de agosto, en una empresa muy reconocida que se dedicaba al desarrollo de tecnología, un ingeniero encargado de un proyecto muy importante se encontraba deprimido. Dicho proyecto era acerca de cómo transportar objetos de un lugar a otro.

El joven ingeniero se encontraba triste, pues por más investigación que había hecho acerca del tema y por más avances que realizaban él y su equipo, aún no podían lograr que cualquier cuerpo u objeto se transportara a una distancia considerable. Solo habían logrado transportar unos pequeños átomos a un laboratorio de la Universidad de Cambridge. Después de pensarlo un buen rato, decidió que al siguiente día le presentaría la renuncia a su jefe, ya que él sentía que no había estudiado para estar en esa situación. Él realmente deseaba hacer algo que en verdad fuera útil, sin embargo, al estar ahí sintió que nunca iba a poder seguir adelante con su sueño.

Deprimido, salió un rato a tomar el aire en la azotea del edificio y mientras él observaba el paisaje de la ciudad, sintió que alguien le arrojó una bola de papel.

Cuando volteó, observó que había un hombre con una capucha muy larga y con una máscara oscura la cual solo dejaba ver sus ojos. En su capucha venía el logo de la empresa en la que el ingeniero trabajaba y su máscara parecía no ser de tela, sino de un material parecido al que estaba siendo desarrollado por otro equipo en la misma empresa, el cual se adhería e hidratava a la piel, sin embargo, este aún estaba en una fase muy temprana.

Al ver al enmascarado, el ingeniero se asustó y tiró el refresco que estaba tomando, lo cual provocó que se derramara a lo largo del suelo. Después de respirar un poco, el extraño le dijo que no se preocupara, que solo había ido de visita para platicar con él acerca de la decisión que había tomado momentos antes.

El ingeniero, extrañado por el comentario del personaje, le preguntó que cuál decisión había tomado y el enmascarado le respondió que era acerca de su renuncia en la empresa.

A continuación, se quitó la máscara y cuál fue la sorpresa del joven al ver a un hombre adulto de aproximadamente 50 años, con una cicatriz en la mejilla izquierda y con el mismo rostro del joven pero un poco más envejecido. El otro hombre era él mismo, pero con una edad mucho mayor.

La sorpresa del ingeniero fue enorme y poco a poco se le fue nublando la vista hasta que cayó rendido en el suelo.

Pasaron dos horas y el ingeniero aún seguía en un estado inconsciente. Durante ese rato soñó muchas cosas, entre las cuales estaba

una mujer muy atractiva y el edificio de una empresa con infraestructura mucho más avanzada.

Poco a poco fue recobrando el reconocimiento y cuando despertó completamente, vio a su yo viejo observando el mismo paisaje que en algunos momentos antes él estaba viendo.

El hombre le dijo:

«Sé que es una sorpresa verte a ti mismo y no estar en un espejo, sin embargo, no hay porque asustarse, a fin de cuentas, sabes quién soy y cómo soy. Tal vez tú creas que la mejor decisión que puedas tomar es renunciar a esta empresa que no cumple con las expectativas que tienes y donde piensas que nunca lograrás tus metas. Sin embargo, cuando yo era joven tuve esta misma visita y cuando llegué a esta edad me di cuenta que era algo que en verdad necesitaba.»

«Si te quedas en esta empresa y das tu mayor esfuerzo, en un futuro lograrás cosas increíbles. Ahora te sientes deprimido debido a que aún no sale ese proyecto en el cual has trabajado durante meses. Crees que transportar un átomo es algo inútil y no servirá de nada, sin embargo, esto no es el final de tu sueño, sino es el principio de tus éxitos».

«Junto con el equipo que has trabajado, lograrás resolver los problemas que tienen y perfeccionarán el sistema que permitirá transportar materia de un lado a otro. Cuando tus superiores vean el logro que has hecho, serás ascendido y serás el encargado de una división completa de investigación y con el tiempo, los altos mandos decidirán que formes parte de las cabezas grandes de la empresa».

«Con estas acciones, poco a poco irás creciendo en el ámbito laboral y tiempo después, abrirás una empresa dedicada al desarrollo;

debido al éxito de tu transportador de materia, no te será difícil abrirte campo, ya que habrá muchos accionistas interesados en asociarse contigo».

«Esas imágenes que viste mientras estabas dormido, no eran un sueño, yo induje esas imágenes en tu cabeza por medio de un sistema que desarrolló tu empresa, que permite transferir memorias de una persona a otra. Ese edificio será el edificio de tu empresa y esa mujer que viste, será tu amada esposa.»

Mientras el hombre mayor hablaba, el ingeniero empezó a cambiar su expresión y de susto pasó a ser interés. Se paró y se ubicó al lado del señor, diciéndole que le contará más acerca de lo que había visto en el futuro y preguntándole cómo había logrado llegar a esa época, a lo que el viejo ingeniero le respondió sonriendo:

«Sin duda, necesitaba realmente esta plática cuando era joven. Tu transportador de materia fue el inicio de una revolución tecnológica y cuando formaste tu empresa te empezó a interesar algo que te había dicho un señor que te había visitado justamente el día de hoy. Sin embargo, no voy a arruinar la sorpresa, cuando llegue el momento sabrás a qué me refiero».

El señor comenzó a recordar ese día del cual estaba hablando y ese mismo día se le ocurrió una idea que podría ser capaz de hacer con su transportador de materia. Si ya era posible pasar un objeto (o incluso un ser humano) a otro lado del mundo, con ayuda de esa tecnología y con algunos ajustes iba a poder ser capaz de transportar cosas o seres humanos a otra época.

Conforme pasaban los minutos, el joven y el anciano siguieron platicando del futuro, de la situación del país e incluso de las

películas que se iban a estrenar. Pasaron horas platicando hasta que el sol comenzó a salir.

En cuanto esto ocurrió, el hombre de mayor edad empezó a desvanecerse. El joven preocupado le preguntó por qué le pasaba eso y mientras el anciano desaparecía volteó a ver el amanecer y le dijo:

«Esta tecnología que uso no es para siempre, sólo dura unas pocas horas, que a fin de cuentas es lo mejor, ya que solo quería hablar un poco conmigo mismo.»

«De ahora en adelante tendrás un camino muy difícil, tal vez en algún momento te vuelvas a sentir perdido e incluso sientas que tu vida se desmorona, sin embargo, no debes rendirte, puedes hacer muchas cosas siempre y cuando te lo propongas. La vida no termina con un error o con alguna mala situación que hayas pasado. La vida está llena de errores, pero sin ellos no podríamos tener logros, gracias a ellos aprendemos muchas más lecciones. Este amanecer que estás viendo no será el último, así que siempre trata de ver hacia el mañana. La vida continúa y solo podemos hacer algo mientras estamos en ella: vivirla».

Después de eso el señor desapareció y el joven ingeniero emocionado por su encuentro en ese día, regresó a su lugar de trabajo de una manera mucho más animada para poder seguir con su proyecto, ya que ese día comprendió que solo había una persona que podía hacer que él siguiera adelante y era él mismo.



EL RETRATO

Alejandro Rivero

«Fuzzy Wuzzy»

El repiqueteo de las gotas de lluvia sobre la ventana del taxi fue la primera señal que tuve de que no llegaría a tiempo esa tarde. —¡Uy! ¡Ya se soltó la lluvia! —mencionó el chofer. Quizá fue la pobre recepción en el radio de ese viejo Volkswagen, o el pesado tránsito por las calles de esta ciudad lo que le animó a dar inicio y convertir mi traslado de taxi en una conversación unilateral donde, sin omitir detalle alguno, me contó de su esposa, los gemelos en el bachiller, la chiquilla en la primaria batallando con los quebrados y aquel otro bueno para nada con quien no sabía ya qué hacer. Escuchaba todo esto mientras mi mirada se concentraba en la ventanilla y mis pensamientos oscilaban entre la bolsa de lona negra que yacía sobre mis piernas y el movimiento de las manecillas en mi reloj de muñeca.

Eran las 5:59 cuando por fin bajé del taxi a la entrada de aquel viejo edificio ecléctico de la colonia Roma. La lluvia arreciaba y me

apresuré a cruzar el portón sin poder contemplar más la fachada. «Quizá a la salida me dé tiempo», dije. Más que por las personas que conozco, de mi trabajo me gustan los lugares a los que voy, los viajes que debo hacer. Después de tantos años he trabajado en prácticamente todo el mundo, pero aún así nunca se conoce por completo una ciudad, siempre queda un callejón pendiente en donde entrar, el sonido de una nueva fuente por escuchar o la sombra de un árbol bajo el cual recostarse. Este, sin embargo, no era el momento para detenerse en memoranzas, llevaba el tiempo justo y un retraso en mi línea de trabajo es totalmente inadmisibles.

En el vestíbulo, una escalera en espiral recorría la totalidad de la pared llevando a los pisos superiores. ¡Qué hermosas debieron haberse visto en su momento! Ahora la baranda de madera se veía gastada y gris, el suelo de azulejos también había sido víctima del paso de los años perdiendo algunas piezas en las zonas más transitadas.

Clavado al techo del vestíbulo, tres pisos por encima de mi cabeza y ya un poco oxidado, un enorme candelabro complementaba perfectamente la atmósfera del vestíbulo. En el escritorio de recepción, el velador dormía frente al televisor encendido y el ruido de sus ronquidos interrumpían a momentos las voces de la telenovela que iniciaba. Me dirigí, sin molestarle, hacia las escaleras. Sabía bien a dónde iba, pues mis notas las memoricé al derecho y revés; departamento 2B. Un viento gélido entró por una de las ventanas rotas de las escaleras y me obligó a ajustarme la gabardina.

Al interior del departamento se respiraba una atmósfera distinta, el aroma a té de canela era casi tangible y el sonido de la lluvia contra las ventanas se amortiguaba con la verde y mullida alfombra que

cubría el departamento, salvo por el baño y la cocina. Ahí, en el reposeo rosa de la sala se encontraba ella, con las piernas cubiertas con una manta tejida. Calentaba sus manos sosteniendo una taza humeante de té y dando pequeños sorbos mientras observaba por la ventana las ramas de los árboles bailar bajo la lluvia. Bastó con que pusiera un pie en la habitación para que ella inmediatamente reparara en mi presencia. —¿Acaso es hora ya?— me preguntó con su voz resquebrajada. Yo me limité a asentir con la cabeza mientras colocaba mi bolsa de lona negra en el suelo y vaciaba su contenido. Aquel ligero caballete que me había acompañado muchas años ya, las brochas y pinceles, mi estuche de pinturas y mi confiable godete. Coloqué el bastidor sobre el caballete y con un gesto de la mano le indiqué no se moviera. A pesar de la lluvia al exterior, un tenue haz de luz pasaba a través de la ventana y se posaba sobre su perfil derecho creando un bello contraste con la sombra de su costado izquierdo.

El pincel se deslizaba sin esfuerzo sobre el lienzo, cada detalle de su cuerpo, cada arruga en sus suaves y rosadas manos, cada peca y cada lunar de su rostro. A mi pincel no se le escapaba ninguno. Sus blancas cejas, los rizos en su escaso y platinado cabello, sus labios rosados. Tomé también atención en el diseño de su delgado camisón, cada punto de su delicada manta y también de la amarilla florecilla que decoraba el borde de la taza entre sus manos. Dejé los ojos al final, en mi experiencia si los pinto de inicio suelen reflejar tensión y miedo. Dejándolos a lo último, resulta lo contrario, el bastidor que antes les angustiaba ahora les brinda calma, entran en armonía con él, en paz con mi presencia y el brillo regresa a sus ojos. Me disponía a continuar la pintura cuando rompió el silencio y me

pidió tomar un último sorbo a su taza, acostumbrado a estas peticiones accedí amablemente. —Listo —dijo entre un suspiro, —ya estoy lista—. Asentí con la cabeza y retomé mi labor.

El cuadro estaba listo, con un último toque del pincel lo firmé en la esquina y contemplé unos momentos. «Hemos terminado» me dije. Limpié y guardé mis herramientas en la bolsa de lona, me cercioré de no olvidar ninguna y guardé por último la pintura encomendada. Quité la taza que aún tenía té de entre sus manos y la dejé sobre la mesilla que se encontraba junto, con una mano sobre su frente me despedí y cerré sus ojos antes de dirigirme hacia la puerta.

Mientras bajaba las escaleras escuché como la lluvia había parado ya, el olor de la acera mojada se empezaba a hacer presente en la ligera brisa. En el vestíbulo, el velador aún dormía aunque en una nueva posición, no iba a molestarlo sino que dejaría que la brisa hiciera su trabajo en despertarlo. Salí a la calle y me detuve a observar la fachada, bajo la luz del atardecer era aún más imponente de lo que aparentaba. Caminé despreocupado por la calle, mi trabajo hoy había terminado. Mañana sería un nuevo cliente y un nuevo retrato que pintar. Eventualmente todos tienen el suyo, nacen y con el pasar de los años sólo se preparan en espera de que los retrate, es sólo cuestión de tiempo. Quizá incluso hasta a mí me tocaría tener uno propio, pero entonces, ¿quién retrataría a la muerte?





MÉXICO SNUFF

José Carlos Salinas Palafox

«Carlos Wieder»

Intersección Canal de Churubusco y Río de Tezontle,
Ciudad de México, viernes 15 de julio 2016.

Sandra Buendía

Es la segunda vez en la quincena que me pasa lo mismo pero de diferente forma, en ocasiones salgo demasiado tarde del trabajo y no tengo otra opción de camino para elegir. Camino por rincones desiertos que me comunican con el paradero, ahí es donde tomo el pesero, y créame lo que les digo, pues se me hace injusto que a nosotros, la gente trabajadora, nos pasen cosas terribles.

Esos son una bola de flojos, todos viven en la Colonia Mujeres Ilustres, la colonia de ilustre solo tiene el nombre, la que está aquí junto, la que está llena de edificios color durazno.

La primera vez que me pasó, iba caminando sobre la calle con la intención de abordar el pesero y de repente vi lo que pasó, dos hombres, que más bien eran niños, montados en eso que conocemos como delito, se movían entre asiento y asiento, en la mano cargando un arma que me revolvió el estómago y un cuchillo para pan. El semáforo decía rojo, la cara de aquellos decía estoy dispuesto a matar, decía estoy dispuesto a mancharme la manos con mi sangre.

Lo único que me vino a la cabeza en ese momento fue hacerme de la vista gorda y separarme un poco del lugar, entonces mi cuerpo se alejó pero mis ojos se quedaron, sentí que estaban atados por un hilo. Dos niños, veinte personas, un revolver y un cuchillo para pan, entran en un bar. Es un chiste.

Esta vez abordé el pesero con normalidad, por la parte de atrás ingresó un muchachito, se parecía bastante a mi hijo y se veía bien marihuanito, esto es un robo, dijo, y la verdad ya lo veía venir. Con los movimientos del perdedor resignado junté las cosas de valor que tenía y estiré la mano para depositarlas en la bolsa del botín, pero nada, entonces un grito y una escena que me recordó aquella pintura italiana, Judit y Holofernes, pero a la mexicana.

Afortunadamente a mí no me pasó nada solo el susto.

La vida en ocasiones parece una comedia vulgar.

Angélica Mal-fario

Todo pasó demasiado rápido, María y yo llegaríamos al departamento de Saúl a eso de las siete, bajaríamos a comprar vino y cigarros,

pondríamos música rica. A eso de las ocho seguro llegaría David, David llevaría la yerba para fumar, a eso de las once estaríamos intoxicados, a eso de las doce estaríamos en la cama los cuatro. Pero ahora no.

En la mañana charlamos de la muerte, de aquellos que son asesinados a sangre fría, los que comenten suicidio, los que mueren por crímenes pasionales, los que son envenenados, los que mueren de cáncer, los que mueren de SIDA, los que mueren por equivocación, los que se mueren en la guerra, los que se mueren de hambre y los que se mueren de viejos; también de los que los que mueren en el tránsito, ambas pensamos que morir en un automóvil es una muerte idiota.

Y nos pareció graciosa la muerte e hicimos chistes y nos reímos de la muerte en su cara.

Tomamos el camino de siempre y un loco con cuchillo se subió y nos pidió que le diéramos nuestros teléfonos, pero nosotras no usamos teléfonos, en un parpadeo María tenía rajado el vientre de costilla a costilla, no pude contener mi grito. Y me acordé de Bergman «*La muerte está justo detrás de vosotros. Su guadaña centellea sobre vuestras cabezas*».

Y la risa se volvió lágrima, y la vida se tornó muerte. Solo Dios, que no existe, sabe por qué pasan las cosas, a veces siento que nuestro destino ya está escrito.

María era muy buena persona no entiendo por qué los buenos siempre pierden.

Estoy convencida de que la vida misma es una tragedia.

Laurita Ironía

A decir verdad todo iba sobre los rieles de la normalidad, hace tres meses que terminé con mi novio, al principio la idea de la ruptura no me pareció tan grave, la gente se enamora y desenamora todos los días, todo el tiempo (pero la verdad siempre extraño sus mimos). A Robertico (como me gustaba decirle) lo conocí a través de Facebook (yo sé que suena súper chafa, pero qué va), teníamos amigos en común y siempre lo miraba afuera de la escuela, un día me envió una solicitud de amistad (¿se puede solicitar una amistad en la vida real?) y me emocionó el hecho de intimar con él, intimar en un mundo virtual (¿abstracción de nuestra realidad?).

Empezamos con pequeñas pláticas, intercambiábamos música y nos empezamos a frecuentar en la vida real para fumar (¿qué sería ahora de mí si Facebook no nos hubiera unido?), intercambiamos números y hablábamos todos los días por mensajitos, cada mensaje lleno de simbolismo y lleno de sentido y lleno de emociones y lleno de libido primerizo, que hacía que nuestros pechos se llenaran de sangre tibia (con Ro siempre me sentí llena). Me hacía sentir inmortal.

El inicio dio luz al final y todas las flores terminaron por marchitarse, lo único que quedaba eran esos pedacitos de amor en mi teléfono (¿amor virtual?), donde Roberto puntuaba y redactaba como todo un erudito (aunque siempre he creído que la ortografía es cosa academicista), donde me hacía sentir tan especial y tan querida.

Cada mensaje, una carta de amor (¿por qué conservo esas cosas en mi vida?). Mensajes equivalentes modernos a las cartas entre Simone y Jean Paul (obvio soy Sartre, Sartre quería con más intensidad que Beauvoir). La nostalgia se hizo presente y en orden no cronológico me

dispuse a leer esas cosas que Robertillo en otros días me escribió. Me sentía aburrida y cansada de todo (¿nostálgica?), así que decidí salir a dar un paseo por la ciudad, caminaba y leía las oraciones de Robertito y caminaba más y leía más (¿qué será de nosotros los amantes en la era digital?), tratando de encontrar un camino que jamás volvería a ser.

Tomé la pesera para volver a casa y entre mis manos estaban aquellas palabras sagradas que nadie nunca leería, que nadie nunca conocería (¿de cuanta belleza, o mierda, se ha visto privada la humanidad?) y que por entonces ya habían perdido peso, aun así no estaba dispuesta a perderlas.

A mis espaldas escuché dos gritos; uno que violenta y el otro violentado. De los putos nervios tiré mi teléfono al suelo y saqué mi cartera para dar dinero, pero de un momento a otro la pesera se vació a la mitad, los hombres se bajaron a perseguir al pinche asaltante y las mujeres se quedaron a cuidar a una chica que parecía en shock. En el suelo de la pesera se hizo un charco de sangre (pero qué jodido debe ser que te mueras en un asiento cochino de pesera), la sangre no me espanta y la muerte tampoco, yo sé que es normal, yo sé que es natural, yo sé que forma parte del folklore (¿acaso es resignación?) diario de una ciudad.

En la persecución se internaron en las angostas calles que abrazan a la avenida principal.

El asaltante logró escapar y a mí no me quitó nada.

Recordé que mi teléfono estaba en el suelo de la pesera, cuando me agaché para recogerlo ya no estaba, algún hijo de puta se lo embolsó.

Lo que son las cosas, ahora ya no tengo más que el recuerdo de mi Robertico.

La vida a ratos es una tragicomedia.



TINTA

Daniel Téllez Felgueres

«WHO HOW WHY»

Colocó sus manos bajo el frío chorro de agua que salía del grifo y mojó sus sienes con la intención de refrescarse. Se quedó mirando al espejo del baño, pensativo, un marcado gesto de preocupación podía notarse en su rostro.

Creía haberse librado de las alucinaciones y ahora, repentinamente, estaban regresando. La única herencia que le habían dejado su padre y su abuelo.

Empezaban como una incipiente sensación de ansiedad, como si algo grande estuviera a punto de ocurrir, a esto le seguía el picor en los ojos y la vista cada vez más borrosa. No duraba mucho, pronto podía ver de nuevo, y era entonces cuando empezaba la visión. Sombras largas y finas que fluían como humo de sus ojos y se adherían a todo lo que tuvieran enfrente. No era una sensación agradable, era

como si alguien sacara lentamente un cabello muy largo desde dentro de la cuenca del ojo. No solo podía verlas, sino que además podía sentir las y podía sentir cualquier cosa sobre la cual se posaran. Eran como pequeñas y largas manos que tanteaban el mundo a través de sus ojos, unidos tacto y vista en total sinestesia.

Aunque nunca habían sido un problema realmente, pues no solían estorbar demasiado en su vida cotidiana, tanto su padre como su abuelo consideraban a tales visiones algo maligno, por lo que nunca hablaron de ello, más que entre ellos mismos. Nunca supieron que él las había heredado y jamás se les ocurrió averiguarlo. De niño no les temía, en realidad le resultaban algo divertido. Solía jugar a que tenía manos en los ojos y que podía alcanzar objetos en su habitación, a veces se imaginaba que podía alcanzar a los pájaros que sobrevolaban su casa o incluso derribar a la luna para verla más de cerca. Jugando empezó a experimentar y pronto desarrolló una elevada percepción de las cosas que veía, pudiendo «tocarlas» con los ojos, incluso a largas distancias y en la oscuridad.

Su abuelo había muerto y su padre los había dejado a su madre y a él, por lo que nunca supo de dónde había salido esa inusual habilidad, ni que la suya era por mucho algo más complicado que la de ellos, sus visiones tenían algo más.

Lo notó un día que trataba de escribir sobre una hoja de papel. Debía hacer un escrito para el colegio y se estaba aburriendo, por lo que empezó a jugar con sus ojos. Distraído, volteó el tintero sobre la hoja, manchándola. Algo ocurrió. Las sombras parecían despegarse de sus ojos y quedarse adheridas al papel, danzando muy lentamente como humaredas muy espesas. Intrigado, pasó sus manos sobre la

hoja y vio que la tinta parecía aferrarse a sus dedos, creando formas extrañas al estirarse. A partir de ese día pasaba horas jugando con la tinta, manchando cientos de hojas de papel y luego moldeando las manchas para crear formas que le resultaban entretenidas. Pronto se le terminó el papel, y como su madre no le compraría más si no era para la escuela, empezó a dibujar en el aire. Las gotas de tinta flotaban y se retorcían como si les hicieran cosquillas, reventaban y se estiraban en el espacio manchando y pintando todo a su paso. Los trazos se hicieron cada día más delicados y precisos, las imágenes que su mente creaba salían como masas de sus ojos y las moldeaba a placer con sus manos imaginarias. Se volvió un buen dibujante sin haber siquiera aprendido a usar un pincel.

Había descubierto que no le hacía falta la tinta real, al parecer solo había servido como un catalizador. Lo que dibujaba en realidad eran las sombras que salían de sus ojos, a las que bautizó como una «tinta ocular». No gastaba papel, y no se preocupaba porque alguien viera sus obras, pues tan solo bastaba con «tragarse» a las sombras para que no quedara huella de lo que había hecho. Abría la boca y aspiraba: todo quedaba de nuevo en blanco.

Una noche se dijo que los dibujos que hacía eran demasiado pequeños, y llegó a la conclusión de que si manipulaba una sombra aún más grande y la convertía en tinta podría hacer dibujos gigantes, con más sustancia. Podía incluso hacerlos sólidos, tal vez hasta animarlos.

Se sentó sobre su cama y apagó una de las tres luces que iluminaban su habitación, dejando que se oscureciera una de las esquinas, sobre la cual concentró su mirada. Había dado resultado. La sombra

se movía y retorció creando formas extrañas. Emocionado, apagó otra de las luces y moldeó una figura aún más grande. Ahora era una masa, debido a la cantidad de tinta que había puesto en ella. Se dijo que todo debía ser más grande y apagó la tercera luz, ahora su cuarto era iluminado solo por el halo lunar que entraba por su ventana. Era enorme ahora. Una masa gelatinosa que se estremecía al contacto con su mirada. Enseguida dibujó una hermosa y grande ciudad sobre una colina, con pequeñas personas de tinta que se paseaban entre sus calles. Admiró su obra embelesado, sintiéndose satisfecho de lo que había logrado. Ya se disponía a borrarlo todo cuando una idea más le surgió. Algo temeroso, se acercó a la ventana y de golpe cerró la cortina, sumiendo la habitación en total oscuridad.

Estaba sumergido en la enorme masa oscura en que se había convertido su habitación. Le aplastaba, era espesa y no lo dejaba respirar. Agitó los brazos con desesperación tratando de salir a la superficie, tratando de alcanzar el techo. Flotaba en la masa negra y sus manos tocaron el techo de madera, pero él seguía sin poder respirar, su cabeza sumergida bajo el mar de tinta. Ya no podía aguantar más y su cuerpo lo obligó a inhalar, haciendo que perdiera el conocimiento por el esfuerzo. Al despertarse, notó que la masa ya no estaba. Sintiendo su boca y su garganta adoloridas, concluyó que había alcanzado a borrarla.

Después de esa noche se decidió a dejar de usar aquella tinta infernal que casi lo había matado. Fue en vano. Había pasado tanto tiempo usándola que ahora salía casi involuntariamente, las sombras se dibujaban desbordantes en cuanto abría los ojos y ya no obedecían a sus trazos. Las ideas nacían caóticas y espontáneas en cuanto

su mente dejaba de estar en blanco. Se obligaba a estar ocupado para no pensar en nada, pues ahora todo lo que imaginaba empezaba a cobrar vida.

Al parecer estaba a salvo al dormir, pues con los ojos cerrados la tinta no salía y no tocaba a las sombras, lo que las podría convertir en los entes que aparecían en sus sueños e, incluso, en sus pesadillas. El problema era al despertarse: si lograba recordar lo que había soñado, enseguida se materializaba frente a él. Sus nervios estaban destrozados de tanto amanecer frente a los horrores que soñaba de noche, los cuales no le aterrorizaban tanto como quedarse de nuevo a oscuras. La asfixiante avalancha de pensamientos le hacía pensar, horrorizado, en lo que le esperaba si llegaba a quedarse atrapado en la masa de nuevo. El mismo pensamiento le hacía reproducir la negrura poco a poco frente a él, obligándolo a absorberla constantemente. Se había encerrado en el baño contiguo a su habitación. Blanco, frío y bien iluminado, era el refugio perfecto para escapar de las ideas que fluían y pululaban al menor atisbo de una sombra.

Se sentía nervioso ¿Cuánta tinta había tragado desde esa noche? Sentía algo desbordar dentro de él, la ola de seres sin crear que le exigían salir. Sus ojos hinchados le ardían por la presión que generaba al evitar que las sombras salieran. Se concentró en el espejo, viendo a su propio rostro regresarle la mirada. Estaba seguro. Nada podía pasarle mientras mantuviera la mirada fija y la mente tan en blanco como el pequeño cuarto.

Sin darse cuenta, empezó a repasar sus facciones, su cabello, las marcas de su rostro. Notó las grandes ojeras que traía de tantas noches en vela. Oscuras, tan oscuras. Casi como una sombra...

Al momento se dio cuenta de lo que había pensado, pero ya era tarde. Su reflejo vio cómo su iris se oscurecía y una ola negra salía de él. Cegado por lo que brotaba de sus ojos, trató de gritar, pero la tinta acumulada salió con fuerza de su garganta, callándolo en seco. Convulsionando, se desplomó sobre el suelo mientras la masa oscura, alimentada por su horror, se cernía sobre él...

Hallaron su cuerpo al día siguiente. La policía le insistió a su madre en que probablemente se había suicidado, víctima quizás de alguna frustración artística a juzgar por los miles de dibujos deformados y manchas oscuras que se hallaron por toda la casa. El forense aceptó la conclusión a regañadientes, pues no quería atormentar más a la pobre mujer. Se cerró el caso sin mencionar que al parecer había sido embalsamado vivo por la tinta que todavía brotaba de sus ojos.





EL SUEÑO DE LA HOJITA

José de Jesús Tolentino Guerra

«Kychy»

«Las masas humanas más peligrosas son aquellas
en cuyas venas ha sido inyectado el veneno del miedo...
del miedo al cambio»

—Octavio Paz

Es inherente para cualquier ser vivo el sentir miedo ante situaciones desconocidas, pero solo logra trascender aquel que sea capaz de seguir adelante pese a este. Esta es una gran lección que llevo dentro y atesoro para mí desde que un ser tan diferente me la dejó marcada. Se trata de una hoja.

Transcurría un día normal para cualquier persona, sin embargo algo maravilloso estaría por pasar en una pequeña oficina en un tercer piso en la ciudad de Huejutla. A la salida del «humano», las hojas empezaron a desorganizarse del paquete de cien y a rondar

por todo el espacio disponible. Hojita se quedó mirando por la ventana y pudo contemplar una mariposa que revoloteaba por fuera.

—¡Si tan solo pudiera ser libre y volar como ella! sería la hoja más feliz —exclamó desde su corazón.

—Eso nunca pasará, nosotras fuimos hechas para ser utilizadas en una oficina, ¡por lo tanto viviremos encerradas por siempre! o hasta que nos desechen —refunfuñó una compañera suya al oír tan grande locura.

Hojita sintió un pesar por dentro, se detuvo toda la tarde en la ventana mirando lo que volaba por fuera, pudo observar pájaros, mariposas e incluso un globo que un niño había soltado. La emoción recorrió todo su cuerpo —estoy lista —pensó para sí, de modo que se paró decidida. Un miedo intenso se apoderó de ella en ese momento, pero ya era tarde para dar vuelta atrás, una corriente de viento le había hecho caer desde la ventana.

La caída se sintió como siglos de inmensa desesperación que luego fue sustituida por felicidad al darse cuenta de que estaba flotando. Al llegar al suelo, las tinieblas regresaron. No sabía a dónde ir ni qué hacer con su vida ahora que era libre. Comenzó a vagar. Lamentablemente, septiembre siempre fue una época de lluvias en Huejutla, y este año no iba a ser la excepción. Salió corriendo empapada a refugiarse bajo un árbol, ya había llegado la noche y con ella el frío. Hojita se arrepintió de seguir su sueño.

A la mañana siguiente, un perro miraba con cara de extrañeza a este desconocido ser, por lo que empezó a ladrar para espantarlo. Hojita se echó a correr muy asustada, era un mundo lleno de peligros completamente diferente a la comodidad de siempre. Le dolía

todo su ser, estaba cansada y tenía miedo; se desplomó en el césped de un jardín.

Fue en ese momento en que me acordé de ella. Era el papel que todas las tardes me observaba desde una ventana. Recuerdo que era un sábado, un día perfecto para podar, así que el señor de la casa estaba listo para la acción. Yo tenía que hacer algo pues, ella estaba ahí tendida. El hombre se acercaba a la velocidad máxima que le permitía su aparato, traté de jalarla pero se resistía. Parecía a punto de morir, triturada o de resignación, ¡quién sabe cuál de las dos era la peor manera de morir!

—¡Levántate! —le grité mientras la jalaba.

—No puedo, es inútil —me decía sin siquiera voltear a verme—, estoy lista para morir. Yo tuve un sueño y ese sueño terminó por matarme. ¡La vida es tan dura!

Ese es el sentido de la vida. Tenemos que alcanzar nuestros sueños y no dejarnos caer en el camino. Si quieres yo puedo ayudarte a cumplir el tuyo —me empecé a desesperar al oír a la podadora aproximándose a nosotros— sé que lo que más deseas en el mundo es volar y, si decides levantarte, yo te ayudaré.

Hojita levantó la mirada, vio en mí la misma mariposa que había contemplado varias veces desde la ventana de la oficina. El aparato triturador estaba frente a nosotros, yo tiraba con todas mis fuerzas y Hojita hizo un último esfuerzo por extenderse. Planeamos. Recorrimos gran parte de la ciudad, Hojita siempre se sostuvo de mí.

Ha de estar hecha de madera de un árbol mágico o algo así, nunca he visto a una hoja con vida —pensé mientras volábamos hacia su destino.

Es admirable cómo se pueden superar los fracasos para alcanzar un sueño, lamentablemente algunos esperan tocar fondo para despertar.

La Hojita se sentía feliz. Ya no tenía miedo de lo que pudiera pasar, había recordado su sueño.

—¿A dónde vamos? —preguntó la Hojita.

Esa mañana nos dirigimos a un jardín de niños y discretamente puse a esta Hojita sobre el escritorio de la maestra que repartía varias a sus niños. Era clase de origami y ese día estaban haciendo avioncitos de papel. Un hombrecito tomó una hoja especial, él pudo sentirlo, hizo los dobleces necesarios y la echó a volar.

PROFESORES





PRIMER LUGAR

¡TE DESEO!

Fany Carolina León González

«La otra Avellaneda»

Corría el año 1940 en la Ciudad de México. En ese entonces no se sabía que aquella sería la época de oro del cine mexicano. Manuel Ávila Camacho era el presidente de la República. Los grupos de personas mejor acomodadas tenían un televisor en su casa, mientras que la gran mayoría contaba solamente con un aparato radiofónico como medio de comunicación.

Las familias se reunían alrededor de la radio para escuchar la XEW, que transmitía las canciones de Cri-cri, los cuentos de Kalimán y las radionovelas que invitaban a la imaginación. Antes de cada transmisión, se escuchaba la voz de Leopoldo de Samaniego con el clásico saludo a la audiencia: «XEW, la voz de América Latina desde México en el aire».

La Catedral de la Radio se encontraba ubicada en la calle de Ayuntamiento 52. Me consideraba afortunado de poder trabajar

ahí. Yo era un joven que estaba por concluir sus estudios de comunicación en la Universidad Nacional Autónoma de México, por las tardes trabajaba como ayudante en la XEW. Gracias a mi entusiasmo, patrocinado por mi juventud, me daba lo mismo tener que realizar actividades de limpieza o entregas de paquetes dentro de la estación. Acudía siempre vestido de traje y corbata. Confiaba en que llegaría una oportunidad de tener una participación activa dentro de las transmisiones.

En ese entonces era común ver a Emilio Azcárraga Vidaurreta, dueño del grupo que más tarde, en manos de su hijo se convertiría en Televisa, caminar por los pasillos de la estación. Don Emilio era un gran hombre, a pesar de ser uno de los hombres más influyentes de México, su humildad lo caracterizaba. Lo mismo se detenía a platicar con el basurero de la empresa que con Agustín Lara, quien en ese entonces conducía el famoso programa La hora azul.

Una tarde de miércoles me encontraba limpiando los pisos fuera de la oficina de Don Emilio cuando éste salió y se detuvo a analizarlo. «¡Qué extraño uniforme el suyo para hacer la limpieza del piso, muchacho!», me dijo con una voz llena de entusiasmo. Sonreí. Mi oportunidad había llegado. Le conté al señor Azcárraga que no siempre me dedicaba a trapear, que dentro de la estación se me asignaban diversas tareas, y que soñaba algún día estar frente a los micrófonos. Ante mi sorpresa, el señor Azcárraga soltó una carcajada. «Qué bien jugaste tus movimientos, muchacho. La vida es como un juego de ajedrez, y tú te vestiste como rey sin importar que tuvieras que moverte como peón. Acude a mis oficinas mañana cuando llegues». Me dio la mano y se despidió.

Al día siguiente se me informó que mi turno de trabajo cambiaría a las noches. Había un puesto para ser reserva de Arnulfo Suárez, locutor de Luna de Vainilla, programa de música que se transmitía de tres a cinco de la madrugada. No podía creerlo, mi sueño de estar frente a los micrófonos se volvería realidad. Me prometí comprarle un hermoso tablero de ajedrez al señor Azcárraga con mi primer pago.

A partir de ese momento, mi forma de vida cambió; por la mañana iba a clase, por la tarde dormía y por las noches soñaba. Poco a poco me gané la confianza de Don Arnulfo, hombre de setenta y cinco años que había estudiado ingeniería electrónica, pero había terminado como locutor de la radio.

Al ser un programa nocturno, el señor Suárez se encargaba de la locución y de la producción. Cuando entré al aire los índices de audiencia aumentaron un poco. Al parecer, la gente que pasaba despierta la madrugada le gustaba mi voz. Tras un par de meses, el personal de producción de la XWE se dio cuenta de que el público sentía simpatía por mí, por lo que tomaron la decisión de rolarme con Don Arnulfo. Un día a la semana, tendría la responsabilidad de realizar el programa por mi cuenta.

El suceso que más recuerdo de esa etapa como locutor ocurrió una noche de abril. Aquella ocasión me tocaba realizar el programa a mí. Como de costumbre, no había nadie en la estación. Después de la primera media hora del programa recibí una llamada. Sonaba una canción de Pedro Vargas por lo que pude tomar el teléfono.

Descolgué. «Bueno», dije. Del otro lado del teléfono, una voz femenina y sensual me exclamó: «¡Te deseo!». «¿Perdón?», creí no

haber entendido lo que había dicho, pero la voz de mujer repitió de una forma aún más sensual: «¡T-E D-E-S-E-O!!».

No supe qué contestar, así que me quedé mudo por unos 15 segundos, ella aprovechó para repetir esa frase de dos palabras: «Te deseo». A continuación me explicó que vivía a dos manzanas de la estación, que le encantaba mi voz y que pasaba horas imaginado cómo sería yo físicamente. Mi apetito juvenil, así como mi espíritu de aventura, hizo que le propusiera estar en su casa a las cinco de la mañana, hora en la que terminaba el programa. «No», respondió ella de manera rotunda y continuó, «¡Te deseo ahora !»

Analiqué mis opciones. El programa terminaba hasta dentro de noventa minutos. A dos manzanas de donde me encontraba había una mujer que me deseaba. Estaba solo en la estación. Miré los discos de vinil que tenía. Vi un concierto de Cri-cri que duraba 33 minutos ininterrumpidos. Era joven, media hora era todo lo que necesitaba para ir a la casa de la mujer, estar con ella y volver a la radio. «¡Voy para allá!», le dije y colgué el teléfono.

«A continuación nos deleitaremos con un concierto en vivo del grillito cantor. ¡Disfrútenlo!», dije a los radioescuchas. Apenas coloqué el disco de vinil, salí corriendo al encuentro con la mujer misteriosa que me había llamado.

Llegué a su casa en diez minutos. Toqué a la puerta. Un segundo más tarde, una mujer de alrededor de treinta años, vestida con un negligé rojo y unas medias negras, me sonreía. Tenía un cuerpo hermoso. Casi tan delicado y sensual como su voz. Sin saludarme me tomó de la mano y me introdujo a su casa. En la estancia, el radio

trasmitía Luna de Vainilla con el concierto de Cri-cri que había dejado puesto en la estación.

«¡Te deseo!», volvió a repetir y se sentó en mis piernas. Nos besamos larga y apasionadamente. La música que el radio transmitía no era la adecuada para nuestro encuentro pues ahora sonaba «El chorrillo». Estaba por decirle que lo apagara para dar voz a nuestros deseos cuando Gabilondo Sóler empezó a repetir, «...se hacía grandote, se hacía chiquito...se hacía grandote, se hacía chiquito...se hacía grandote se hacía chiquito». Tardé unos instantes en reaccionar, pues estaba desatando el sujetador de la mujer misteriosa. Cuando la tuve frente a mí desnuda, Gabilondo seguía diciendo «...se hacía grandote, se hacía chiquito...se hacía grandote, se hacía chiquito...». «¡Pendejo!», exclamé y me maldije por dentro; el disco se había rayado.

Al parecer a la mujer, de la que no llegué a saber su nombre, le pareció divertida la situación y no le dio importancia al hecho de que el disco se rayara, por lo que intentó continuar con nuestro encuentro. Pero yo no podía dejar las cosas así, si alguien de la gerencia se enteraba de mi error podría costarme el trabajo de mis sueños. Así que me aparté de sus brazos, me volví a poner la camisa y salí corriendo a la estación.

¡Idiota, idiota, idiota!, me decía mentalmente mientras me quedaba sin aliento por tratar de correr más rápido de lo que podía. Tardé siete minutos en llegar a la estación. Una angustia total me invadió durante todo el trayecto. Fueron los siete minutos más largos de mi vida. Cuando finalmente llegué a la cabina, lo primero que

hice fue desconectar el tocadiscos y meter una sección de comerciales, que me dio tiempo de recuperar el aliento.

Los tres teléfonos que teníamos para el programa sonaban al mismo tiempo. Pasé cerca de veinte minutos disculpándome con las personas que no paraban de llamar y de decirme que habían cambiado de estación por mi error. Esa noche el programa rompió récord de recepción de llamadas.

Jamás voy a olvidar la última llamada que recibí que esa noche, se trataba de un señor de mayor edad cuyas primeras palabras fueron, «Se hacía grandote, se hacía chiquito. ¡Pasé veinte minutos escuchando una y otras vez la misma frase! ¡¡Casi me vuelvo loco!!», me explicó. Le dije que lo lamentaba, que habíamos tenido un problema con el disco, luego, analicé sus palabras y le pregunté, «¿Dice que pasó veinte minutos escuchándolo? ¿Por qué no cambió de estación?».

«Joven, estoy en una silla de ruedas. El radio está a una altura a la que no alcanzo a tocarlo». Me sentí devastado y avergonzado, había traicionado los valores de la XEW, estaba por empezar la disculpa más sincera de mi vida, cuando del otro lado escuché al hombre cantar «Se hacía grandote, se hacía chiquito, estaba de mal humor, ¡Pobre chorrillo!, tenía calor». No pude evitar soltar una carcajada al escuchar el estribillo de la canción. A continuación el hombre me felicitó por el programa. Me dijo que no preocupara por lo que había pasado, que Luna de Vainilla era su programa favorito, cada noche le pedía a su enfermera que antes de irse a su casa le dejara sintonizada la XEW para poder escucharnos.

Por suerte, nadie en la gerencia escuchó aquel programa. Al mes siguiente, cuando hicieron el análisis de las llamadas, me felicitaron

por todas las que había recibido aquella noche. Sé que debí decirles lo que había sucedido, pero preferí guardar aquella madrugada como mi secreto radiofónico.



SEGUNDO LUGAR

AMULETO

Ana Beatriz Carrera Aguilar

«Dodo»

Yo no entiendo porqué estoy aquí. Soy inocente, tal vez se confundieron. Pero bueno, le contaré todo lo que soy para que me deje ir. Llegué a la ciudad hace diez años. Usted sabe cómo son las cosas cuando uno viaja. Tenía veinticinco años y ni un peso. Me vi durmiendo en la banqueta durante un mes hasta que conseguí trabajo de conserje en un edificio del centro. El trabajo era sencillo, no había mucha gente y la que había, no daba problemas. Poco a poco los conocí a todos y cada uno, tanto, que me enteraba de sus enredos. No todos tenían trabajos legales, digamos, sino que como uno, solo trabajaban para sobrevivir. Eran buenas personas. Algunos de ellos, fueron los primeros en quienes confié. El que más confianza me daba era Ramón, un sesentón que se encargaba del mantenimiento del edificio. Se autodefinía como todólogo y se sentía poderoso por tener acceso a un

cuartito donde resguardaba tesoros: herramientas, cables, focos, una tv con radio, una parrilla eléctrica y un sofá-cama que vivía tiempo extra. En realidad, mis mejores tiempos de conserje se dieron en esa covacha, las pláticas con Ramón mezcladas con café soluble fueron una especie de terapia que detonaron que me la creyera y pudiera ser ese otro yo tan espontáneo que siempre quise ser. Un día me tocó trabajar hasta la madrugada arreglando unas tuberías, esa noche noté algo extraño. Junto al cuarto que estaba arreglando, escuchaba la voz de Ramón como rezando, no sé si me explico, como plegarias raras. Espié por el agujero de la tubería y Ramón estaba en pleno sahumo, con veladoras formadas en círculo en el cuarto de la Sra. Matilde, quien sentada con los ojos cerrados, escurría lágrimas mientras Ramón invocaba al Sr. Adolfo, el marido muerto. Pasaron los días y no se me borraba la imagen de Ramón vestido como El Santo, pero sin máscara. Sí, como El Santo, traía una capa plateada y cosas brillosas en la camisa. Los ojos aguzados de una manera que convencían a cualquiera que él sabía el secreto de los mundos, tanto de este como del otro. La neta, oficial, yo estaba bien sacado de onda con esto y me daba pena preguntarle al Ramón qué onda con eso que había visto. Así que un día mientras veíamos el resumen deportivo en la tele vieja, dejé mi café en la mesa y fui al grano. Le dije, ¿qué tranza Ramón, a poco le haces a la brujería? El viejo me respondió con evasivas y me dijo que metiera la nariz en mis broncas, incluso me recordó que ya se me había vencido el permiso en el país y que mejor no estuviera fregando, que capaz me deportaban. Yo traté de tranquilizarlo, que no era para tanto, que cuando estaba arreglando las tuberías, había visto parte del ritual y que solo era curiosidad y respeto, porque usted

ha de saber, oficial, de donde yo soy estas vainas no se toman a la ligera, no señor. Pasaron los días y el Ramón me hizo la ley del hielo. Yo pasaba como no queriendo la cosa limpiando por la covacha y el Don me ignoraba. Nada de café, ni tele, mucho menos escuchar en el radio las noticias. La puerta estaba cerrada y así pasaron dos semanas. Un día sin más ni más, me encontraba encaramado limpiando los ventanales y que pasa el Ramón. Me vio con desdén y me dijo, Mijo, véngase a comer conmigo. Si tanto quieres saber, hoy es el día. Yo ya estoy viejo y es tiempo que alguien herede lo que sé. De ahí pa'lante todos los días iba al trabajo con una motivación extra, ya no solo era ir a trabajar para pagar el cuarto de azotea que alquilaba y los gustitos que todo hombre se debe dar, iba con devoción a aprender todo lo que Ramón tenía que enseñarme. Dedicábamos hasta dos horas diarias a la mística, las uniones, los amarres y desamarres, porque todo tiene forma de atar y desatar, sí, no me vea así porque sí pasa, es que a usted nadie le ha querido hacer daño aún, eso se ve, desde aquí mero yo lo estoy viendo y usted ta limpio. Recuerdo que para mis lecciones finales, Ramón se veía deslucido y esos ojos tan vivos se fueron apagando. Hicimos un ritual donde me explicó cómo contactarnos con el otro mundo, yo estaba tembeleque y asustado, jugar con los muertos es otro boleto para el cual yo estaba muy verde y Ramón, demasiado experto. Aguanté el rito y aunque sudaba frío, Ramón me puso la capa plateada y me dijo: si pudiste con esto, podrás con todo lo que viene. Recuerda, me dijo, que esto es un don que te estoy traspasando, no abuses de él, ahora viene el tiempo del silencio. Y así, cuando Ramón se nos fue, yo seguí atendiendo a la Sra. Matilde y no solo a ella, sino a varias personas del edificio.

Ramón les dejó dicho que yo seguiría a cargo y así fue, seguí siendo el conserje y chamán al mismo tiempo. Yo no cobraba, señor oficial, mire que esto es una gracia que no cualquiera puede tener, por lo tanto, yo solo aceptaba lo que la gente me quería dar y en su mayoría lo hacían de agradecimiento por el favor recibido. Yo se lo aclaro porque tal vez me levantaron porque me andan echando la culpa de cosas que no hice, yo solo tengo facultades distintas y hay gente envidiosa que lo malinterpreta. Pero bueno, le sigo contando, el chiste es que pude sentirme estable. Ya podía mandar dinero pa mi casa y había regularizado mis papeles. Por esos días llegó el hijo de la Sra. Matilde a una de las sesiones de espiritismo que teníamos cada semana, fue una sesión irregular porque la señora quería que el hijo sintiera a su padre. El chamaco ese estaba escéptico, usted sabe, de esos que creen que se la saben de todas todas. Yo me puse algo nervioso, así que la sesión no salió como siempre, esta vez don Adolfo nomás no quiso hacerse presente. Doña Matilde lloraba y el hijo me rompió el hocico de varios puñetazos mientras me gritoneaba que era un charlatán y que me acusaría con la policía. Le respondí que si tan charlatán era, eso sí muertísimo de miedo, que no se atreviera a jugar el número 1908 el viernes siguiente en la lotería, lo cual me daba tiempo para moverme del edificio. A todo esto, el 1908 se me ocurrió, oficial, porque mientras me daban tremenda tranquiza vi el reloj de pared de doña Matilde que señalaba justo esa hora. Así pasé los días, pensando que hasta aquí llegó mi época de chamán, y no solo eso, que recién había arreglado mis papeles y que por estafa todo se echaría a perder. Decidido, arreglé mis cosas para irme a donde fuera, realmente no quería arriesgarme más, ya tenía suficiente con la

golphiza. Recogí mi herramienta, fui a la covacha a ordenar las esencias de los ritos y no dejar rastro, cuando en eso, me llama doña Matilde que tenía una fuga de gas. Me dije, debo atender a la señora puesto que nadie sabe que me iré, así no se levantan sospechas de que esa noche me iba. Fui a su departamento, esta vez no como chamán sino como conserje. Arreglando estaba la tubería del baño, cuando de repente solo veo una luz. Al día siguiente desperté en el hospital público de la colonia. Tenía la cabeza vendada, un ojo tapado con gasas, mi mano y pierna derecha enyesadas, con decirle que el doctor dijo que había tenido mucha suerte al solo haber perdido un poco de pelo con la explosión. De remate, perdí la audición en mi oído izquierdo. Así que imagínese, estaba resignado a aceptar las consecuencias, ni moverme podía. Eso sí, doña Matilde no se me despegó ni un solo minuto, no sé si por remordimiento o qué, pero ahí estuvo. Y así llegó el viernes y que cae el 1908. Cómo lo supe, porque el hijo de doña Matilde le llamó diciendo que había comprado el billete de lotería. Si le digo, esto es un don, no cualquiera. Me trasladaron a un hospital privado y Adolfito me dio un porcentaje de su premio. No podía ser de otra forma, dijo él, y yo que lo creía charlatán, pero algo me dijo que le creyera, al menos le di la oportunidad, si no ya estaría muerto, me dijo riendo. El resto ya es historia, señor oficial, usted me conoce si soy refamoso. Tengo comerciales, salgo en la tele, vendo pulseras cargadas de energía, hasta las famosas y los futbolistas me consultan. Digamos que fue una época de bonanza. Fueron los tres mejores años de mi vida. Pero como todo lo que empieza tiene que acabar, yo ya había pensado en retirarme, ya había juntado lo suficiente para hacerlo. Pero, Adolfito me pidió un último favor y cómo

no iba a acceder, me pidió que fuera a su rancho a curar las tierras donde iniciaría un nuevo proyecto. Sí, señor oficial, así me dijo, nuevo proyecto y quién sabe qué cosa se traía. Fui, hice la limpia, para cuando terminé, el muy desgraciado me dijo que yo era su amuleto y que nada de que me iba, que me quedaba en el rancho, que a mí nadie me iba a extrañar, total yo era fuereño, que ni familia tenía y aparte yo ya me estaba retirando, ahora viene el tiempo del silencio. Me retuvieron y me instalaron en una chocita, mis cosas fueron llegando poco a poco y me di cuenta que Adolfo no se andaba con rodeos y que era poderoso. No creerás tú que me hice rico con el premio, verdad, me dijo. Fue solo una calada, mis negocios son otros. Y te quedas conmigo te guste o no, porque con mi suerte no voy a jugar. Y así pasé el último año, ni siquiera lo veía. Me levantaba, tenía comida y todas las comodidades, era un buen retiro de la época de chamán. Pero yo tengo 35 años, quiero hacer otras cosas. Un día noté que ni guardias tenía, nadie se daría cuenta de mi partida. Así que caminé y caminé y salí del rancho. Y llevo caminando un mes, señor oficial, hasta que ustedes me levantaron. Comía de lo que me daba la gente y me aseaba donde podía, estar encerrado de verdad que me dejó mal. Por eso tan solo quiero recoger mis cosas e irme a mi país, esto ya ha sido mucho. Aún soy joven, puedo volver a mi pueblo y recomenzar. Quiero dejar atrás este período de encierro, le juro oficial, es un demonio ese hombre. Yo que ustedes, voy a ese rancho a averiguar qué es lo que hacen. Yo soy buena persona, de verdad, tal vez todo esto fue un accidente, pero no quiero volver, en serio, déjenme seguir mi rumbo. Yo conseguiré la forma de irme de este país lo más rápido posible.

En ese momento se abrió la puerta y pareció Adolfo.

—¿Qué, creías que te ibas a escapar?, te dije que no abusaras, ahora viene el tiempo del silencio, dijo con la voz de Ramón.



TERCER LUGAR

EL HALLAZGO

Arturo Ángeles Mancilla

«R. R. Bukowski»

Entré a trabajar con el maestro Menchaca hace años y nunca tuve una deferencia de su parte, su trato hacia mí siempre fue rudo y humillante. Al principio me aguanté porque me llenaba de orgullo ser secretario particular de alguien tan destacado en la administración pública, además a esas alturas encontrar un trabajo similar era impensable, al menos, para mí.

Más tarde me di cuenta de que más que secretario era su sirviente que tenía que soportar sus cambios de humor y sus regaños constantes. Que si me salía malo, que si me quedaba igual malo: «qué hace usted aquí escuchando conversaciones que no le corresponden», que «sírname refresco Andrés», que «¿quién chingados le dijo que hiciera eso», que «¿dónde estaba?», en fin, me traía peor que perro bailarín.

Sus modales y costumbres reflejaban una patanería enferma que yo aguantaba con furia contenida y casi siempre adornaba con

un «sí señor» que recrudecía mi servilismo. Para colmo de males el «gran» maestro Menchaca tenía la fijación de trabajar a deshoras de la noche y muy seguido lo hacía también los fines de semana. Eso no me habría importado si por lo menos hubiera dispuesto del domingo para llevar a mi hijo al parque o para que mi mujer ya no agravara su indiferencia hacia mí.

Parecía que yo vivía en un manicomio cuando tenía que darle su desayuno, peor porque mi nombramiento en el servicio público perdía toda definición. Casi era tarea cotidiana verter refresco light en su vaso o conseguirle su desayuno sin que él agradeciera aunque sea un poco. Se acostumbró a que todo era mi obligación. Nunca agradecía, ni siquiera cuando le tenía que hacer de alcahuete y buscarle una acompañante, porque, eso sí, no tardaba en salirle lo garañón.

Todavía recuerdo la tarde que llegó con un palillo entres sus dientes, mientras yo permanecía sin comer porque me advirtió que no podía descuidarse la oficina «bajo ninguna circunstancia». En lugar de ser conmisericordioso conmigo por haberme malpasado, con un tono perverso me dijo que había muchos pendientes y hasta se apuró a sentenciar con su voz engolada: «Ahora sí nos vamos a tener que desvelar, Andrés». El desvelo fue hasta las dos de la madrugada, y todo porque redactó un oficio en cuatro horas.

De sus humillaciones, las que más me dolían eran las que me hacía en la sala de juntas, frente a todos. En esos momentos me convertía en un enorme gusano, ya ni siquiera merecía ser escarabajo, que se arrastraba pasmosamente para alejarse de la mirada, a veces compasiva, a veces burlona, de mis compañeros que tampoco estaban mucho mejor que yo.

Los discursos sobre la dignidad humana y los derechos de las personas parecían formar parte de una realidad paralela a lo que se vivía en aquella dependencia de gobierno. Algunos jefes parecían surgir directamente del averno. Manifiestamente insensibles e inhumanos, como si sus empleados fuésemos meros utensilios o animales de trabajo.

En esta circunstancia, los pocos desfogues que tenía cuando me tomaba un trago los viernes o cuando iba con mis compañeros a algún tugurio aportaban algunos respiros a mi vida, antes de volver a mi realidad y encontrarme con una llamada perdida del maestro Menchaca, quien, por cierto, ya estaba furibundo porque «no le contesté». De momento me «valía madre», pero no tardaba en devolverle la llamada, anteponiendo una disculpa por mi osadía, por tomarme un momento.

Aprovechaba cualquier titubeo para echarme la culpa y sacarme de balance mediante su gastado método de amplificar los errores de los demás. Levantaba la voz como un enorme homínido triunfante, un macho vociferante, para sepultar sus propias torpezas. Su soberbia desbordaba cualquier medida y yo siempre terminaba contra la pared siendo el blanco de su mal humor.

El gasto al erario que significaba mi sueldo en cualquier caso servía para alimentar el ego enfermo de un histrión patético que encuentra atractivo rodearse de gente perdedora, como yo, para confirmar su valía. Es increíble que después de tanto tiempo yo siguiera bajo su yugo. El estrés que tuve que vivir me provocó un tipo de paranoia muy extraña. Así, cuando repentinamente sonaba el celular, de inmediato tragaba saliva imaginando que seguramente era el maestro Menchaca.

Había llegado a concluir que merecía mi condición puesto que siempre me derribaba el miedo a no conseguir un mejor trabajo. Me

sentía paralizado e impedido para salir de mi postración. Cualquier cambio me parecía peligroso aunque finalmente no tenía nada que perder, ya estaba al borde del precipicio.

Respecto a mi vida familiar tampoco podía decir gran cosa. El trabajo paulatinamente me fue alejando de mi familia y amigos. Mi desesperación y sentimiento de ahogo los tenía que afrontar solo. Finalmente mi mujer me culpaba a mí y, para colmo de males, me tachaba de «quejumbroso».

Claro, como ella no tenía que soportar todo el día al maestro Menchaca me restregaba que él era un «señorón» y me recomendaba que al menos aprendiera algo de él. En esos momentos, mejor callaba, de nuevo quedaba como el cohetero. La mirada de mi mujer cada vez se hacía más evasiva y distante. Para mi desgracia los escasos momentos en los que se ocupaba de mí notaba un ominoso rictus de asco, como si yo fuera una mácula en su vida.

Muchas veces era mi mujer la que con el rostro descompuesto me reiteraba que tenía que aguantar, que no tenía una opción mejor, ante lo cual no me quedaba más remedio que derrumbarme y abandonarme a la inercia de mi vida. Finalmente siempre quedaba con un dejo de duda, pero no me atrevía a ir más allá porque tenía miedo de mis propios hallazgos.

Un día cuando todo parecía muy igual, el maestro Menchaca gritó mi nombre, en lugar de llamarme por la extensión. Sus berridos me sacaron de balance, pero la angustia era mayor que mi enojo, de inmediato dejé todo lo que hacía y como un bólido me reporté ante él que ya tenía cara de impaciencia.

Después de que emití un anodino «me llamó maestro» que sonaba estúpido, me ignoró un instante, antes de levantar la voz para preguntarme, por tercera vez aquel día, si no había visto su mancuernilla Mont Blanc. De nueva cuenta me dijo que estaba seguro de que la había perdido en su oficina o en la sala de juntas y sin mayor preámbulo espetó: «ay le encargo, busque bien», con su mismo aire sobrado de siempre.

Ese mismo día, en la madrugada, al salir de la secretaría, en el anonimato de la calle, decidí olvidarme del encargo y avancé entre las ruinas de la noche, ajeno a la propia ciudad. Me di cuenta que era una criatura extraña fluyendo hacia mi destino inexorable para dormir un poco en el intento de olvidar que al día siguiente estaría condenado a repetir la hazaña.

Como siempre llegué mientras todos dormían. Después de cenar algo me fui a la cama y como traía cansancio acumulado no supe más de mí, hasta que al día siguiente sonó el despertador. Mi mujer inquisitorial, como era de esperarse, me presionó para que me apurara. Como pasa siempre que uno quiere comenzar bien el día, de repente se cayó sonoramente una moneda de mi bolsillo agregando una nota de estrés a la escena matinal.

Ante la moneda que se me cayó, me vi constreñido a inclinarme para ver debajo de la cama. Me asomé y ¡maldita sea! Al filo de la base de la cama alcancé a distinguir el loguito inconfundible de aquel objeto, por un momento me quedé paralizado, para luego aguzar la vista y comprobar que aquel objeto me era familiar y cómo no va a serlo si es la ¡MANCUERNILLA! del maestro Menchaca. Más allá estaba la moneda que tuvo que caerme esa calurosa mañana.



MUJERES INGENIERAS CIVILES EN MÉXICO

Gabriel Moreno Pecero

«Duqu»

Este es un cuento de hechos reales.

Hace algunos años, al finalizar la Reunión Nacional de la Asociación Nacional de Facultades y Escuelas de Ingeniería, me pidieron leer las diez conclusiones a las que se había llegado en ese encuentro. Dejé para el final una que en principio me pareció sorprendente: los resultados de algunas encuestas realizadas en el país, mostraban que la ingeniería de mayor calidad era producto de la labor de las ingenieras. La reflexión que hice para explicar ese hecho se suma a lo observado: las ingenieras poseen una gran autoestima, que pienso es por el hecho de que tuvieron que ser muy tenaces en su decisión de convertirse en ingenieras civiles, porque tuvieron que abrir camino y convencer a sus familias de aceptar esa decisión, hecho que para los hombres no resulta necesario.

UN POCO DE HISTORIA. Es de sentido común aceptar que la función que se desempeña en nuestra profesión ha sido necesaria desde el principio de la existencia del ser humano. Esta función genera acciones con resultados orientados a incrementar la calidad de vida, lo cual nos conduce al año 1768, cuando el británico John Smeaton, constructor de puentes, puertos y de un notable faro, se autodenominó «ingeniero civil» para diferenciarse del «ingeniero militar», al reconocer que como tal se dedicaba a «diseñar y construir obras de paz».

Con el fin de constituir una Sociedad Informal de Ingenieros, Smeaton convocó a otros doce ingenieros prominentes de la época. Reunidos los trece en King's Head, Londres, el 15 de marzo de 1771, acordaron congregarse cada dos semanas para conversar, discutir y comunicarse conocimientos. Se puede afirmar que a partir de esa reunión inicial nació formalmente la profesión de ingeniero civil como la conocemos hoy en día. Las múltiples reuniones del grupo de intercambio informal liderado por Smeaton condujeron el 2 de enero de 1818 a la formación de una sociedad educativa, que se denominó Institución de Ingeniería Civil. Precisamente el discurso inaugural fue pronunciado por un prominente ingeniero llamado Henry Palme, quien afirmó: «El ingeniero es un mediador entre el filósofo y el artesano. Es intérprete entre dos extranjeros, por lo tanto debe saber la lengua de ambos; de ahí la absoluta necesidad de que posea experiencia práctica y conocimientos teóricos.»

En México, en enero de 1792 nació el Real Seminario de Minería, que ocupó la edificación ubicada en la calle de Guatemala 90; allí, el 1º de enero de ese año se impartió la primera clase de ingeniería. En 1813 sus habitantes emigraron al Palacio de Minería, todavía

no terminado, y en 1816 se realizó la ceremonia de inauguración de ese edificio.

Luego de 51 años, el Palacio de Minería dejó de ser sede del Real Seminario de Minería para ser la casa de la Escuela Nacional de Ingenieros, donde en 1868 apareció oficialmente la licenciatura en Ingeniería civil, en el periodo presidencial de Benito Juárez.

MUJERES INGENIERAS MEXICANAS. El camino de las mujeres en la ingeniería no ha sido fácil. En el Palacio de Minería se impartían clases a alumnos del sexo masculino. De 1792 a 1909 no existen registros de ninguna mujer que haya cursado estudios en ingeniería. Ya en la Escuela Nacional de Ingenieros, el 26 de junio de 1912 se le asignó a Dolores Rubio Ávila, de la carrera de Ensayador, el cargo de preparadora del Gabinete de Mineralogía, Geología y Paleontología; se convirtió así en la primera mujer que ocupó un cargo académico en esa escuela, hace más de cien años. Para 1921 ya se tiene el registro de tres estudiantes mujeres. Sin embargo, la primera que se tituló como ingeniera en nuestro país lo hizo nueve años más tarde: Concepción Mendizábal fue una brillante alumna. Como dicen Omar Escamilla y Héctor Pineda (2012): «Su capacidad e inteligencia para abordar los difíciles cursos de ingeniería civil queda demostrada por el hecho de haberlos concluido sin fracaso alguno. Primeramente se inició en la carrera de ingeniera topógrafa la cual terminó sin dificultad, más antes de preparar el examen profesional se inscribió en los cursos de ingeniería civil y como ya se anotó, obtuvo tal distinción a la que se sumó el hecho de ser la primera mujer en merecer con todo derecho, el título de ingeniera civil». El 11 de febrero de

1930 Mendizábal fue examinada por un jurado compuesto de brillantes profesores e ingenieros: Claudio Castro, Alberto Barocio, Salvador Medina, Ángel Peimbert y Eugenio Kleimberg. Para poder titularse, Concepción Mendizábal tuvo que entregar además una memoria de las prácticas que realizó como estudiante de la Escuela Nacional de Ingenieros. Antes de la reforma académica que experimentó la universidad al conseguir su autonomía era requisito para la titulación entregar dichas memorias a la par del trabajo de tesis. En su caso particular hizo prácticas de materiales tanto en el Laboratorio de Ensayos de Materiales de la escuela como en el de la Comisión Nacional de Caminos. Estas memorias se guardan en el Acervo Histórico del Palacio de Minería.

Joaquín de Mendizábal, su padre, fue uno de los fundadores de la Sociedad Científica Antonio Alzate, la más importante de aquellos años, y Concepción tuvo en ella una destacada labor como prosecretaria. Habiendo abierto camino Conchita Mendizábal, ocho años después, el 31 de enero de 1938, se recibió como ingeniera civil Laura Cuevas Bulnes, y un año más tarde María del Carmen Grimaldo y Cantero. De 1930 a 1954 se titularon 12 mujeres más como ingenieras civiles: Ángela Alessio Robles, Elia Mendieta Márquez, Angelina Pérez López, Ana María Cavero del Valle, Amalia Cavero Villanueva, María Elena Barraza Gutiérrez, Graciela López Núñez, Leda Speziale San Vicente, California Odha Zertuche Díaz y María Luisa Silva Puga.

UNA INGENIERA DE HOY. Mercedes Beltrán, una ingeniera civil ecuatoriana de nuestros días, maestra en Ingeniería, cuenta: «Una

circunstancia casual me permitió cursar la maestría en Mecánica de suelos en la entonces División de Estudios Superiores de la Facultad de Ingeniería de la UNAM, y consecuentemente, al rendir mi examen de grado en mayo de 1975, me convertí en la primera mujer a quien la UNAM le otorgó el grado de maestra en Ingeniería en el área de Mecánica de suelos. Me siento afortunada por haberme adentrado en el campo de la mecánica de suelos, por haber participado en uno de los programas de posgrado, pioneros en América Latina, y muy especialmente por haberlo realizado en una institución de la categoría de la UNAM.

En estos 41 años transcurridos, he pretendido honrar el título que me fue otorgado, tanto en el ejercicio profesional como en la academia, difundiendo en mi país y en otros la calidad de la escuela mexicana de ingeniería de suelos. Estoy convencida de que las mujeres en el ejercicio profesional somos un ingeniero más, que no debemos aceptar —y menos aún exigir— privilegios ni concesiones, para no tener que permitir luego, por consecuencia, ser excluidas o relegadas.»

REFLEXIÓN FINAL. En los años por venir la ingeniería mexicana deberá enfrentar retos tendientes a mejorar notablemente la calidad de vida de la población, particularmente la más pobre. Para ello habrá que competir con ingenierías de otros países desarrollados y salir airoso. Por eso resulta prioritario generar experiencias y conocimientos que faciliten la innovación mediante el estímulo a la vinculación profesional: hombres y mujeres cumpliendo cabalmente con el hecho probado por la historia de que el desarrollo de una

sociedad no se da por la decisión y el esfuerzo de una generación, sino por la decisión y el esfuerzo de generaciones de seres humanos: hombres y mujeres debidamente unidos.

Referencias.- Escamilla, Omar, y Héctor Pineda (2012). Concepción Mendizábal, la primera ingeniera mexicana. Artículo digital publicado por la revista Geotecnia en su número 240. Gaceta digital de la Facultad de Ingeniería, núm. 5, marzo, p. 10.

PARTICIPANTES DEL CONCURSO

Alumnos

<i>La araña</i>	Aguilar Aguilar Alberto «Sopeit»
<i>Las Flores</i>	Aguilar Ibarra Miguel Angel «Pedro Páramo»
<i>Invisible realidad</i>	Aguilar Fernández José Antonio «-P»
<i>La llave</i>	Alvarado Metodio Aarón Gabriel «Juz»
<i>Porte distinguido y alma infernal</i>	Alvarado Olvera César Josué «Xin Tzik»
<i>El día que dejé de querer volar</i>	Alvarado Lastre Olivia «Punk»
<i>El vuelo del color</i>	Andrés Montealegre Arturo «Marcel Wordsworth»
<i>La Higuera de Mixcoac</i>	Andrés Montealegre Brenda «Xuupy»
<i>El principio del fin</i>	Arana Ortega César Yosué «Jim Pizk»
<i>Hoy vi a un hombre (Juano Mendoza)</i>	Arcila Vélez Ricardo «Bufu»
<i>La otra forma</i>	Arias Suárez José Rubén «Saturación»
<i>Planta nuclear</i>	Arteaga Méndez Jocelyn «Wiis»
<i>Melancolía</i>	Avilés Matías Axel «Bachier Bál»
<i>Kalos Thanatos</i>	Barón Chávez René «Danger»
<i>Infernum</i>	Barquet Nieto Alejandro «Mz»
<i>¿Recuerdas cuando caíste del cielo?</i>	Barranco Giles Dalia «Quecky»
<i>Personalidades trigonométricas</i>	Bautista Anguiano Katherine Ariadna «Indeterminado»
<i>Viaje del código de ética</i>	Benítez Fuentes Karla Paola «Wcc»
<i>El mismo ser</i>	Borja Block Alejandro «Isimut»
<i>El último poema</i>	Buendía Matínez Kellie Abigail «Bm»
<i>La llama remanente</i>	Cabrera Sánchez Édgar Alan «Pink Eye»
<i>Recuerdos que se repiten</i>	Calderón Velázquez Efraín «J.S.»
<i>El velo</i>	Campos Galindo Érick Gonzalo «El Agrafógrafo»
<i>El submarino amarillo</i>	Carrillo Peláez Jesús Alfredo «Kasus»
<i>Guerra por la tecnología</i>	Cerón Hernández Miguel Ángel «Mike»
<i>El querubín de piedra</i>	Chimal Santana Cristian Adolfo «Güeyepú»
<i>José el artillero</i>	Correa Contla Éric Samuel «Éric Correa»
<i>Encuentro inusual</i>	Cruz García Raymundo «Amador»

<i>Crónica de pecho bronco</i>	Duarte Arcos Javier «X»
<i>Un pequeño frasco de sentimientos</i>	Durán López Enrique «Kmx04»
<i>El cuarto blanco</i>	Enríquez Vega Melissa Araceli «Wiffd»
<i>El hombre cohete</i>	Escamilla Orla Omar Manuel «El General»
<i>La noche más clara</i>	Escobar Mendoza Juan Daniel «Hvk»
<i>Conocimiento aplicado</i>	Fernández Virginio Gabriela Monserrat «Ñú»
<i>El ladrón de sueños</i>	Flores González Ricardo «Segark»
<i>Panchito</i>	Flores Sandoval Oscar «Daket»
<i>Ocho punto uno</i>	Flores Santillán Mario Axel «El León»
<i>Es muy bonito el amor</i>	Franco Ortega Carmen Sharaí «La Snitch Dorada»
<i>Confundieron un punto final con un punto y aparte</i>	Fuentes Montejo Joanna «Pancake»
<i>Las aventuras de Julián</i>	Galán Soto Anna Karen «Bizmuth»
<i>El estudiante equivocado</i>	García Salaar Alberto «Pudup»
<i>La metamorfosis de la Muerte</i>	García Acevedo Francisco Javier «Wyq»
<i>El techo</i>	García Mendoza Abril «Tzu»
<i>La mujer de los perros</i>	García Pérez Angel Adrián «Homo Humus»
<i>1320 palabras y las que no escribí</i>	Girón Gallegos Sahira Ruth «Ariz Tianshi»
<i>La coincidencia de tener suerte</i>	González Álvarez César Luis «Pollo»
<i>La orquesta del viento</i>	Guadarrama Medina Éric Alexis «Caelos»
<i>Sólo 10 segundos</i>	Guerrero Raya Verónica Atzel «Whyx»
<i>Destino</i>	Gutiérrez Olvera Lorena «Amané»
<i>El rey Zalam y la bruja Mawiya</i>	Gutiérrez Segura José Guillermo «Kmyn Xyn»
<i>Al señor mostro que vive bajo mi cama</i>	Guzmán Sainz Miguel Zinedinne «Cowboy»
<i>Yo nunca lo dejaría solo</i>	Hernandez Arriola Ana Paulina «Elías Josué»
<i>El fantasma de la luz</i>	Hernández Urrutia Cuitlahuac Azael «Pinturicchio»
<i>Dejando huellas de Cris</i>	Hernández Escutia Gabriela Andrea «Bombona»
<i>Los sueños que son pesares</i>	Herrera Zamora Alfonso «Uttu»
<i>La ardilla Chelche</i>	Horta Poó Sebastián «Booz»
<i>Piedra cristalina como el agua del canal</i>	Jardines Canacasco Amayrani «Amylet»
<i>Un posible regreso</i>	Jiménez Arenas Eduardo «Andrew Blake»
<i>El ausente del presente</i>	Jiménez Cortés José Pablo «Kardia»
<i>Los sueños perdidos</i>	Jiménez Hernández Iván Uriel «Cócobo»

<i>Lo que guarda la torre</i>	Juárez Arce Cinthia Natalya «Wok»
<i>El dilema</i>	Juárez Flores Carina «Kywy»
<i>Último día de trabajo</i>	King Loeza Zaifen «Igor»
<i>Almas lilas</i>	Lara Bernal Karla Viviana «Nina Clouttman»
<i>ZKLM</i>	Lino Aguilar Laura Elena «Reyna L»
<i>Laboratorio avanzado</i>	López López Stephan Mario «Stephanowski Viima»
<i>CUPS19-95</i>	Luna Soto Carlos Enrique «Pdf»
<i>Ali</i>	Machorro Quiroz Sinai «Teple»
<i>A la espera de la leyenda</i>	Marín Cárdenas Daniel Omar «Jhon»
<i>Infortunios, recuerdos y ella</i>	Martín García Gerardo «Geramarting»
<i>El vuelo</i>	Martínez Vladés Diego «Drakkar»
<i>La rebelión de las hadas</i>	Martínez Arredondo Yara Yazmín «Blue»
<i>La víbora de dos cabezas</i>	Mayo Palma Rocío «Lullaby»
<i>Baile de máscaras</i>	Medina García Jorge Enrique «Peasantking»
<i>La casa mágica</i>	Mejía Díaz Yamirel «Fofó»
<i>Un dulce</i>	Méndez Escalona Juan «Arnau Vania»
<i>El ladrón</i>	Méndez Hernández Ashley Andrea «Pufi»
<i>Aglomeración</i>	Méndez Monroy Osvaldo «Big Pig»
<i>Futuro</i>	Mendoza Escobar Diana «Ita»
<i>Gemelos</i>	Moctezuma Gómez Bernardo «Federico Carvondo»
<i>El viaje de Flipp</i>	Molina Cano Onésimo «Léeme»
<i>Matilda y el bosque oscuro</i>	Mondragón Gallardo César Giovanni «Valgi»
<i>Átomo metal</i>	Mondragón Luis Germán «Luis»
<i>Una buena noche</i>	Monsalvo Rodríguez Guadalupe Marlene «Virgen Sangrienta»
<i>Silicón y cristal</i>	Montesinos Garrido Eloy «J.K. Wuff Buck»
<i>Bienvenido</i>	Moreno Rivera Laura Elena «De La Rosa»
<i>Recuerdo</i>	Munguía Rosales Daniel «Danmunguía»
<i>Hombre hacetodo</i>	Ojeda Cruz Irvin Jonathan «Spkl»
<i>La nueva misión 2</i>	Olivares Tello René «Seranio»
<i>Señor Romboult</i>	Ortega Valdivia Abigail «Sumup»
<i>La visita</i>	Ortega Márquez José «León Gris»
<i>El árbol</i>	Ortiz Mendez Agustín Jacob «Barrel Rider»
<i>Un cuento ingenieril</i>	Ortiz Mercado Omar «Zuk»

<i>Plus ultra</i>	Paredes Jiménez Rubén Abraham «Ruseto»
<i>Serendipia</i>	Pérez Franco Marlene «Brócoli»
<i>Historia de un abuelo</i>	Pérez Herrera Luis Fernando «Byt»
<i>La destrucción de una era</i>	Querol Pérez Emilio «Rhcp»
<i>Belleza invisible</i>	Ramírez Hernández Ariel Bolívar «El Ángel que ama»
<i>El señuelo</i>	Reyes Santiago Beatriz «Kum»
<i>Abrazo</i>	Rivas Montaña Pablo Edmundo «Azulito»
<i>El retrato</i>	Rivero Borrell Altamirano Alejandro «Fuzzy Wuzzy»
<i>Verdugo</i>	Rodríguez Corona Víctor «Bayo»
<i>Ciudad rainbow</i>	Rodríguez Manzano Axayácatl «Kwfp»
<i>Descargó en pdf y por eso no quedó aquí</i>	Romero Bravo Juan Manuel «Zhiñtik»
<i>Laberinto</i>	Ruiz Espinosa Gilberto «Lych»
<i>El resplandor de la espada</i>	Ruiz Sanabria Ricardo «Lyke»
<i>Un lugar común</i>	Saldaña Nieves Edgar «M.K. Puff»
<i>México snuff</i>	Salinas Palafox Jorge Carlos «Carlos Wieder»
<i>El corazón del bosque</i>	Sánchez Calderón Francisco Javier «Lobo solitario»
<i>Q326</i>	Santiago Emiliano Carlos Eduardo «Kyz»
<i>Viajando por la ciudad</i>	Santoyo Cruz Luis Alberto «Snaeky»
<i>Tinta</i>	Téllez Felgueres Daniel «Who How Why»
<i>El sueño de la hojita</i>	Tolentino Guerra José De Jesús «Kychy»
<i>La marcha de mi abuelo</i>	Toral Noriega Arturo Joshué «Tavish»
<i>Ingebot</i>	Torres Abundes Erick Ramón «Pqql»
<i>El proyecto</i>	Vega Ortega Karla Itzel «Cudnus»
<i>Mi monstruo amado</i>	Velarde González Rodrigo «Chuy»
<i>Lágrimas del tiempo</i>	Velasco Bazán Cecilio Omar «Hombre zapato»
<i>Chibi busca un amigo</i>	Velasco Luna Misael «Cthuru»
<i>Una visita inesperada</i>	Villalobos Flores Juan Gilberto «Myc»
<i>Violetta</i>	Vivas Maldonado Rodrigo «Zeuz»
<i>Los superhumanos</i>	Yáñez Gómez Óscar «Pi»
<i>La mecánica del cosmos</i>	Zapata Pérez Román «Sugus»
<i>Despegar</i>	Zarco Arias Ariadna «Nue»
<i>El precio del poder</i>	Zepeda Valencia Alejandro «Tuzo»
<i>Vocación e instinto</i>	Zúñiga Sánchez Carlos «Mr Robot»

PARTICIPANTES DEL CONCURSO

Profesores

<i>Gato de Schrödinger</i>	Álvarez Gutiérrez René «Ragu»
<i>El hallazgo</i>	Ángeles Mancilla Arturo «R. R. Bukowski»
<i>Tartufo entre las piernas</i>	Bueno Soria Juan Manuel «Homo Sapiens»
<i>Amuleto</i>	Carrera Aguilar Ana Beatriz «Dodo»
<i>¡Te deseo!</i>	León González Fany Carolina «La Otra Avellaneda»
<i>Un domingo de fútbol</i>	Mendoza Sánchez Ernesto René «Bif»
<i>Mujeres ingenieras civiles en México</i>	Moreno Pecero Gabriel «Duqu»
<i>Julián Rojas «El Charro»</i>	Ortiz Gómez Arnulfo «Quitute Del Lago»
<i>Matías</i>	Pérez Esquivel Jesús «Bukow»
<i>Las plastas y los baches</i>	Ramírez Figueroa Gabriel «Shining Stone»
<i>El llamado</i>	Reyes Cortés Jaime Alfonso «Gudupzub Nuqk Hu»
<i>El celular</i>	Rodríguez Castro Jesús «Aristóteles Mex»
<i>Rauel</i>	Torres Ortiz Flor Lizeth «Amélie Lemarchand»
<i>Hermanas de corazón</i>	Roldán Morales Laura Minerva «Gyz»



Sexto concurso Cuentacuentos se publicó digitalmente en el repositorio de la Facultad de Ingeniería en mayo de 2022. Su versión original se imprimió en 2018 con un tiraje de 200 ejemplares.

El cuidado de la edición y diseño estuvieron a cargo de la Unidad de Apoyo Editorial de la Facultad de Ingeniería. Las familias tipográficas utilizadas fueron Myriad Pro Light para títulos y Minion Pro para textos con sus respectivas variantes.

